



**SOMECT**

**VOLUMEN I**

**CONOCIMIENTOS GENERALES**



# INDICE

INTRODUCCIÓN.....	página 4
I. LAS CRUZADAS.....	página 5
II. FUNDACIÓN DE LA ORDEN DEL TEMPLE.....	página 9
III. DESCRIPCIÓN DE LAS DIGNIDADES DEL TEMPLE.....	página 17
IV. CEREMONIAS Y FORMULAS DE RECEPCION.....	página 21
V. PROGRESO DE LA ORDEN EN EUROPA.....	página 24
VI. LA SEGUNDA CRUZADA.....	página 27
VII. BERNARDO DE TRAMELAY....	página 31
VIII. BERTRAN DE BLANCAFLORT.....	página 33
IX. LA LLEGADA DE SALADINO.....	página 36
X. ARNALDO DE TARROJA.....	página 39
XI. GERARDO DE RIDEFORT.....	página 44
XII. MAS PROBLEMAS Y LA 7ª CRUZADA.....	página 46
XIII. SIGUIENTES AÑOS.....	página 49
XIV. LA ULTIMA RESISTENCIA DE LOS TEMPLARIOS.....	página 56
XV. EL ARRESTO DE LOS TEMPLARIOS....	página 59
XVI. EL FIN DE LA ORDEN.....	página 64



# INTRODUCCIÓN

Este primer volumen de una serie de tres, ha sido ideado con el fin de reunir los conocimientos básicos de Historia de la Orden del Temple y despejar quizá, cualquier tipo de duda que el postulante pueda tener.

Se han editado multitud de libros que hablan acerca del Temple, su relación política, militar y religiosa con el resto de Europa e incluso con Oriente. También se ha hablado hasta la saciedad acerca de temas más oscuros en su historia, tales como tapaderas, cultos, conocimientos secretos, un objetivo que no llegaron a cumplir y los tesoros que según la leyenda, todavía hoy siguen sin haber sido hallados.

En este volumen preferimos mostrar los hechos tal y como nos han llegado hasta hoy, sin la subjetividad que decididamente siempre ha perjudicado a la Historia. Los hechos son los hechos y cada uno puede, y debe, profundizar en aquello que le resulte de más interés, comprendiendo que toda historia tiene dos caras y que debemos conocer ambas y tener un conocimiento global de la historia si queremos realmente llegar a comprenderla.

He seleccionado pues, los temas más básicos para tratar aquí, ya que de tratar todo no cabría en este volumen, y aquí lo que se pretende es iniciar una búsqueda, no andar todo el camino. La búsqueda es la del conocimiento, ya no solo de la historia sino de uno mismo. El trabajo en común con los demás hermanos, la fraternidad que hemos desarrollado, servirá de base para que cada uno descubra una parte de sí mismo que antes no conocía o no se atrevía a mostrar.

La sociedad actual no se diferencia en demasía de aquella en la que los primeros templarios se organizaron y lucharon, hace ya tantos años. La Humanidad ha avanzado en conocimiento técnicos pero ha evolucionado poco espiritualmente, cuando el cambio debería haber sido conjunto. Es, pues, una lucha por ser mejores personas y ayudar a que otra gente pueda llegar a serlo también, en la que nos embarcamos cada día. Ellos, los primeros templarios, debían luchar en una guerra armados con Fe, espada, lanza y yelmo. Hoy en día, sin embargo, la batalla se libra en cada decisión que tomamos. No precisamos de más Fe que la que ellos mismos tenían, pero sí de más confianza en nosotros mismos y en nuestras posibilidades. No precisamos de espadas ni lanzas, ya que nuestra mejor arma es la enseñanza de lo que podemos llegar a ser si nos unimos en pro de bien común. Y tampoco necesitamos escudos que nos protejan de los problemas del mundo, ya que todos los hermanos luchan como uno solo, y como uno solo han de defenderse.

Espero pues, que vuestros primeros pasos en la Orden sean dados con esperanza y ganas de aprender y de trabajar.

Recibe un triple abrazo

Preceptora

# LAS CRUZADAS

Los pueblos cristianos se sentían indignados al oír las narraciones de los peregrinos, los ataques de que eran víctimas, en su intento por visitar Tierra Santa. El saber que todos los Santos Lugares estaban en poder de los infieles musulmanes llenaba de ira a los cristianos que ideaban la forma de apoderarse ellos mismos de esos tesoros. En la Edad Media, pelear por Dios era pelear por la más grande y más justa de las causas y esto, unido a la inquietud de las masas y los deseos de guerra de los más aguerridos, bastó para que la voz de un único hombre encendiese la mecha que más tarde se convertiría en hoguera y conduciría a millares de hombres a las Cruzadas.

Esa primera voz fue la de Pedro el Ermitaño, un sacerdote de la diócesis de Amiens, dedicado al retiro, la austeridad, y la práctica de las virtudes cristianas. Empezó viaje a Palestina, y como él mismo experimentó vejaciones y atropellos por parte de los infieles, formó el plan de retomar la Ciudad Santa por medio de una Cruzada, expulsando de ésta a los bárbaros y liberando el Santo Sepulcro. Movidado de estos pensamientos, acudió a patriarca griego Simeón, quien, admirado de semejante plan, entregó a Pedro el Ermitaño una carta de recomendación para que expusiese su idea al Santo Padre.

Una vez en Italia, Pedro el Ermitaño entregó la carta al Pontífice, Urbano II, y le expuso su plan, añadiendo que los musulmanes adoraban a su Dios en una mezquita levantada sobre el Templo de Salomón.

El Papa sondeó a los príncipes y reyes europeos para comprobar su disposición a partir a librar batalla por la cristiandad. Con la bendición del Papa, Pedro el Ermitaño se marchó y recorrió Europa predicando que todo aquel que desease salvar su alma debía partir a luchar en Tierra Santa.

El Papa convocó dos concilios en el mismo año (1095), uno en Placentia (Italia) y el otro en Clermont (Auvernia). En la primera, no solo acudieron obispos y prelados, sino también unos 4000 eclesiásticos y más de 30.000 seglares, además de la Embajada Griega. Tales fueron las palabras del Pontífice en ambas asambleas que finalmente la multitud que le escuchaba prorrumpió en vítores y gritos de “¡Dios lo quiere!”, frase con la que más adelante se encabezarían los ejércitos europeos contra los musulmanes.

Terminado el Concilio, los obispos predicaron en sus diócesis la Cruzada consiguiendo que señores y vasallos se alistasen para ir a Tierra Santa. El número que se alistó en este año y el siguiente ascendió a un millón.

Para demostrar el deseo que se despertó en el pueblo de ir a combatir, citaré a un cronista de la época: “El padre no se atrevía a oponerse a la marcha del hijo, la esposa a detener a su marido, el señor a prohibirlo a su vasallo. El camino a Jerusalén estaba libre para todos por el temor y amor a Dios”.

Sin embargo, hemos de decir que gran parte de estos cruzados no estaban motivados por la religión sino por interés personal, con la

esperanza de establecerse en el extranjero y mejorar su fortuna; otros para desentenderse de sus deudas u opresores; otros para no ser tachados de cobardes. Asimismo multitud de esposas acompañaron a sus esposos en la expedición para probarles su amor, de manera que la cifra de cruzados según algunos historiadores llegó al millón. Empero, había mucha gente pero pocos soldados.

Los principales jefes del ejército declararon que no saldrían al mismo tiempo y que todos se encontrarían en Constantinopla.

Por el camino el hambre hizo mella en diversos grupos, motivando que se dedicasen al pillaje y cometieron atrocidades allá por donde pasaban. En Hungría, sin embargo, se encontraron con la pronta respuesta de su gente, que acabó con ellos en sangriento combate.

Las fuerzas de Pedro el Ermitaño pasaron por el mismo camino y quisieron vengar a sus compañeros, encontrando también la muerte.

El ejército propiamente cruzado iba tras estos mal llamados cruzados. Entre estos señores se encontraba Godofredo de Bullon, duque de Baja Lorena, descendiente por parte de madre de Carlomagno. Éste parece ser que quería expiar su falta al haber defendido al excomulgado emperador de Alemania Enrique IV, así como al antipapa Clemente III, y por consiguiente haber ido en contra del papa Gregorio VII. Acompañaban a Godofredo sus hermanos, Balduino y Eustaquio de Bolonia, y su primo Balduino de Bourg. El ejército de Godofredo se componía de 80,000 infantes y 10,000 jinetes.

Los cruzados de la Provenza y Mediodía de Francia fueron dirigidos por Raimundo conde de Tolosa, distinguido por su valor en la Reconquista española.

Los musulmanes reunieron sus ejércitos en la ciudad de Nicea, la primera ciudad asaltada por los ejércitos cristianos. El ejército cruzado sitió la ciudad y comenzó una batalla que duró doce horas, saliendo vencedor los cristianos. Tras esto, el emperador de Constantinopla negoció con los musulmanes, sometiéndose a éste voluntariamente y evitando así la disputa con los cruzados. Los ejércitos cruzados, indignados, continuaron la marcha hacia Siria y Palestina.

A principios de junio del año 1099 llegaron a la Ciudad Santa y comenzaron su sitio. La guarnición que defendía Jerusalén era de 40,000 hombres y estaba prevista de víveres y municiones para resistir el sitio. Sin embargo sólo duró cinco semanas.

El 15 de julio de 1099 fue el día señalado para el asalto general. El historiador Gemblag dijo: *“Cristianos y paganos en este asalto y combate dentro de la ciudad, se cebaron de una manera tan horrible en matarse unos a otros, que la sangre de los muertos llegaba a la rodilla de los caballos”*.

En efecto, tal era según dice, la mortandad, que en las calles corrían ríos de sangre. Fueron muchas las atrocidades que ese día se cometieron en la Ciudad Santa, y tras los combates, cuando los ánimos ya habían sido calmados, muchos cruzados comenzaron a darse cuenta de qué habían hecho y acudieron a los Santos Lugares en busca de penitencia y perdón divino.

El gobierno del nuevo reino reclamaba imperiosamente la formación de un gobierno que rigiese y administrase los intereses del país como del ejército; de esta forma se convocó un consejo general para deliberar la mejor forma de gobierno que debía establecerse para mantener y continuar la conquista de Palestina. En este consejo hubo serios debates basados en la ambición de unos y la rivalidad de otros.

El legado Aldemaro reclamaba los derechos de la Santa Sede y por consiguiente la anexión de Jerusalén a favor de la misma. Unos proponían por rey al conde de Tolosa y otros a Roberto duque de Normandía. Finalmente llegaron todos a un acuerdo: sería rey de Jerusalén aquel que más renombre había adquirido en la conquista de aquella tierra, Godofredo de Bullon.

Una vez proclamada la elección, fue acompañado por los grandes señores cruzados a la iglesia del Santo Sepulcro para su coronación pero éste se rehusó tenazmente, diciendo que jamás ceñiría una corona de oro en la ciudad del Salvador ni tampoco tomaría el título de rey. Aceptó que se le llamase Barón y Defensor del Santo Sepulcro. Tras la ceremonia, Godofredo acudió a ver la casa hospitalaria de san Juan, la primera que los latinos poseyeron en Jerusalén, y fue recibido por su fundador Gerardo de Martignes y otros administradores de aquel hospitalario establecimiento, en el cual se hallaban muchos cruzados curándose de sus heridas durante la batalla.

Godofredo quedó admirado de la caridad, aseo y cuidado con que eran asistidos los heridos y enfermos por los hospitalarios.

Conocida la utilidad de la Orden de San Juan, Godofredo cedió para su sostén los señoríos que le pertenecían de Montboise. Su ejemplo fue imitado por muchos príncipes y grandes señores y en poco tiempo la Orden de San Juan pudo hacer frente a todas las necesidades de la Orden.

Poco duró el descanso de la batalla, ya que el rey de Egipto, enterado de la pérdida de Jerusalén, reunió un ejército y se dispuso a expulsar a los cristianos. Sin embargo, Godofredo estaba preparado y lo evitó.

Tras la toma de Tierra Santa se impuso la Curia de Jerusalén, una constitución totalmente feudal.

El ilustre Godofredo de Bullon sobrevivió solo un año a la toma de Jerusalén, pues murió el 18 de julio de 1100.

La Cruzada que acabamos de ver fue la que dio mayor fama a la imagen que hoy tenemos de la caballería.

En los castillos de los señores feudales era donde los vasallos dejaban a sus hijos, para que los nobles encastillados les enseñaran a servir y a adiestrarse en el manejo de las armas para, con el tiempo, merecer los honores de la caballería, y eran llamados pajes, escuderos y donceles.

Cuando el señor feudal concedía el honor de armar caballero a un doncel, señalaba el día de la ceremonia y ésta era a la vez militar y religiosa, comprendiendo el baño simbólico, el ayuno de 24 horas, o la vigilia de armas. Practicadas estas ceremonias el novel caballero recibía de mano del señor o dama las espuelas, la cota de malla, la coraza, las brazaderas, los guantes y la espada.

También el uso del nombre nobiliario de muchas familias se remonta a esta Primera Cruzada, lo mismo que los escudos de armas y emblemas heráldicos.

Volvamos ahora a la materia. Tras el sitio de Jerusalén, muchos musulmanes comenzaron a agruparse y a atrincherarse en los caminos, para caer sobre los viajeros europeos, a quienes se consideraba enemigos jurados de Mahoma.

A consecuencia de los repetidos insultos, robos y asesinatos, algunos caballeros de la Primera Cruzada trataron de poner freno a tales desmanes y resueltos a entregarse a una vida más perfecta, formaron el propósito de consagrarse especialmente en la defensa de los peregrinos, seguridad de los caminos y guarda del Santo Sepulcro.

Dichos caballeros fueron nueve de los muchos que siguieron a Godofredo de Bullon en la Primera Cruzada.

Inspirados, estos nueve caballeros juraron no apartarse del Santo Sepulcro y formaron un plan de defensa que consistía en establecerse a lo largo del camino desde Jaffa ó Beirut hasta Jerusalén y acompañar de trecho en trecho a los peregrinos.

## FUNDACIÓN DE LA ORDEN DEL TEMPLE

El principio de la Orden de los caballeros del Templo se debió a *Hugo de Paganis o Hugo de Payens*, hijo de una familia distinguida unida a los condes de Champaña, cuyo nombre provenía de un castillo cerca de Troyes sobre el Sena.

El segundo caballero se llamaba *Godofredo de San Omer*, de la familia de los Castellans de San Omer, en Flandes, la cual subsistió hasta 1617.

A estos dos caballeros se unieron otros siete franceses. Una crónica del Cister ha conservado el nombre de cuatro: *Rossal, Geofredo Bisol, Payen de Montdidier y Archanbaudo de San Agnan*. Una carta del rey Balduino nos hace conocer a los otros dos: *Andrés y Gondemaro*. Andrés pertenecía a la familia de Montbard y era tío materno de San Bernardo.

El noveno fue, según todos los indicios, *Hugo I, séptimo conde de Champaña*, fundador de Claraval. Dicho caballero se unió a los anteriores en 1125, cuya unión motivó que San Bernardo le escribiese una carta felicitándole por su decisión.

El nombre de Hugo de Paganis forma parte de la lista de señores, caballeros y príncipes que tomaron parte en la Segunda Cruzada.

Nos dice Mateo Paris que tras la toma de Jerusalén, el rey Godofredo de Buillon hizo sacar los cadáveres amontonados en el interior de las iglesias y alrededor del Templo. Fundó después un coro de canónigos encargados de celebrar el oficio divino en la iglesia del Santo Sepulcro. Tras la muerte de Godofredo el 7 de abril del 1100, Balduino de Edesa, hermano uterino de Godofredo, tomó su lugar. Bajo su reinado, el patriarca de Jerusalén, Arnulfo hizo regulares de San Agustín a los canónigos cuya corporación había creado Godofredo.

Hacia el año 1118, bajo Balduino Duborg, primo y sucesor de Balduino de Edesa, Hugo de Paganis y Godofredo de San Omer se consagraron al servicio de Dios, bajo la regla de los canónigos de San Agustín. En manos del patriarca Guatimond o Gormond hicieron voto perpetuo de obediencia, de abdicación de voluntad, de castidad y de pobreza (de no poseer nada propio). Para la remisión de sus pecados, se habían establecido permanentemente en cierto desfiladero peligroso para las caravanas que se encaminaban al Santo Sepulcro. Vigilaban los caminos, los movimientos de los infieles, siempre dispuestos a atacar y a degollar a los peregrinos. Éstos les salían al encuentro y les acompañaban hasta las puertas de Jerusalén. Aquel desfiladero, conocido entonces con el nombre de “camino de los peregrinos”, tomó muy pronto el de “campo” y “Castillo Peregrino”, que conservó en lo sucesivo.

La abnegación de estos caballeros les atrajo los beneficios del rey y del patriarca.

Hugo de Paganis y Godofredo de San Omer asociaron otros siete caballeros a su ruda tarea. Como carecían de casa, el rey Balduino II les dio una habitación en su palacio, cerca del Templo. Los canónigos, en provecho de ellos, abandonaron un edificio contiguo que se les había cedido. Allí fijaron los caballeros su morada. Desde entonces se les llamó “los pobres caballeros del Templo” (*pauperes conmiliones Christi templique Salomonici*).

En sus comienzos eran tan pobres que montaban dos en un solo caballo, en señal de fraternidad. El sello de los Templarios representaba en su origen un caballo montado por dos jinetes. El sello del Templo tomó el nombre de bola, estaba fundido en plomo y plata y era señal de mando.

Guillermo de Tiro y Mateo Paris hacen observar que desde el año 1118 al 1127, en cuya época pidieron la regla, el número de caballeros del Templo no excedía de nueve, número igual al tiempo de sus servicios pasados. Durante estos nueve años, los Hermanos conservaron el hábito secular. Más tarde, el favor del rey y del patriarca produjo la generosidad del pueblo, de los grandes y de los prelados beneficios tanto temporales como perpetuos. Desde entonces se hizo necesario reglamentar su asociación: personas de espada y personas de religión, hombres de Iglesia, sólo el Papa tenía el poder de autorizarles para derramar la sangre humana en los combates. Sólo el Papa tenía calidad para permitir la creación de una Orden a la vez religiosa y militar, una comunidad capaz de recibir, adquirir, conservar y contratar conforme con los principios del derecho canónico y feudal.

Cuando los caballeros pidieron la regla, el patriarca Esteban de la Fierte rogó al Papa Honorio II que se la concediera. Lamberto, obispo de Ostia, que ocupaba el trono pontificio desde el 11 de diciembre de 1124, bajo el título de Honorio, encargó este importante asunto a Bernardo, abad de Claraval.

Bernardo era el tercer hijo de Teselin, señor del castillo des Fontaines y de la señora Aleth de Monbars. En su calidad de hijo menor, estaba destinado a la Iglesia. En 1112, a la edad de 22 años, entró Bernardo en la abadía del Cister, gobernada por el abad Esteban; robusteció la regla y creó en este centro religioso el amor al estudio, al trabajo y a la prosperidad.

En 1115 dejó Bernardo el Cister para fundar la abadía de Claraval, a orillas del Ambe, que le concedió el conde de Champagne, lugar frecuentado por malhechores desde tiempos remotos.

Los monjes de Claraval vieron pronto la transformación que estaba llevando a cabo Bernardo. Éste había tomado por su cuenta la defensa del dogma, de la unidad católica, de la fe y de la moral. Protegía a los débiles y tronaba contra los desórdenes de la Iglesia y los vicios del clero.

Bernardo profesaba la doctrina de San Agustín, sus principios acerca del amor, de la gracia, del anonadamiento del hombre ante Dios, de las ventajas de la vida en común. No obstante, la vida contemplativa no bastaba para Bernardo, que imprimió considerable movimiento a la religión del obispo de Hipona, asociándola a la regla austera y activa de San Benito. Sostenía que el anonadamiento del hombre ante Dios no debía excluir la actividad. Para Bernardo, la fe y la espada debían obrar de común acuerdo para la conquista y conservación de la Tierra Santa.

*“Deben desenvainarse las dos espadas”, escribía al Papa Eugenio, “Hay dos espadas que deben gobernar a todos los pueblos espiritual y temporalmente, porque una de las espadas debe ser espiritual y la otra temporal. La espiritual debe dejarse a la Santa Iglesia y la temporal a los reyes de la tierra, cuando una espada necesita a la otra deben ayudarse mutuamente... la espada temporal debe estar dispuesta para guardar y proteger a la santa Iglesia cuantas veces sea menester”.*

Tras este pequeño inciso en la vida de San Bernardo, continuemos la historia de la Orden. En 1128 el Concilio de Troyes aprobó la Orden del Temple y dio la regla particular con la cual se rigiese en adelante.

Deseosos de ejercer los actos de caridad, los caballeros juraron no sólo los tres votos ordinarios sino que juraron un cuarto: defender con las armas a los peregrinos en las emboscadas de los infieles y acompañarlos desde Siria hasta Jerusalén.

De ahí es que la Orden del Temple vino a ser desde su origen una Orden regular y militar y empleó las armas para defender a los peregrinos y a los Santos Lugares, al contrario que la Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, destinada a servir a pobres y extranjeros recogidos en hospitales. Ésta finalmente también tomó las armas a imitación de la Orden del Temple bajo el gobierno de Raimundo Dupuy.

Durante los diez primeros años, según las historias orientales, los asociados a Hugo de Paganis no llevaron otro vestido que el de clérigos seculares sin ninguna cruz, sencilla ni doble, hasta que se les concedió en 1145, la cual era sencilla y encarnada. Es indudable que así, el hábito blanco, que debía distinguir a los Templarios, como la regla que debían seguir y observar, no se determinaron hasta el Concilio de Troyes en 1128.

El fin de esta sociedad naciente, como se ha dicho antes, era servir de escolta a los piadosos viajeros y peregrinos, al atravesar los desfiladeros de las montañas, defenderlos en los pasos peligrosos y acompañarlos hasta lugar seguro. Esto no obstante, no pasaba de ser una sociedad de algunos particulares, que no estaban sujetos a regla alguna ni hábito religioso; el servicio que prestaban a los peregrinos podía considerarse bajo el punto de vista de celo y caridad. Así fue el origen de Hugo y sus compañeros, éste fue el origen de esta caballería, de esta milicia valiente que se distinguió con gloria en los campos de batalla, apenas salió de su cuna, y que durante 184 años llevó a cabo tantas proezas en el mundo y tanta parte tuvo en los asuntos de Ultramar.

Mientras la Orden no fue aprobada, se limitaron a nueve miembros únicamente, viviendo con sencillez y consagrados a su labor. Muy pronto se distinguieron de los caballeros seculares por su modestia, compasión y solicitud. El amor fraternal, primer móvil de su conducta, no les dejaba reposo, siempre inquietos por los peligros que los peregrinos corrían en sus viajes.

Unos ocho años pasaron de esta forma, mereciendo la estima y consideración de los orientales. Estos no tardaron en prever el gran provecho que tendrían si esta sociedad se multiplicaba. El rey Balduino les indicó la idea y les procuró los medios, les concedió temporalmente habitación en el cuartel meridional de su palacio, conocido como el Templo de Salomón, de donde les vino el nombre de Templarios.

La liberalidad del rey movió a muchos grandes a favorecer la nueva milicia, concediéndoles bienes parte temporales y parte perpetuos. Los ca-

nónigos del Santo Sepulcro les cedieron con algunas condiciones un terreno contiguo al Palacio real, en donde edificaron iglesia y convento. El rey, más interesado que nadie en cultivar esta sociedad, envió a San Bernardo dos de aquellos caballeros, entregándoles una carta concebida en estos términos:

*“Balduino por la misericordia de Jesucristo, rey de Jerusalén y príncipe de Antioquia, al venerable P. Bernardo abad de Claraval, salud y veneración. Como los hermanos del Temple, que el Señor se ha dignado suscitar, y que conserva por una providencia especial para la defensa de esta provincia, desean obtener de la Santa Sede la confirmación de su instituto y una regla de conducta particular; Nos hemos tomado la resolución de enviaros los dos caballeros Andrés y Gondemaro, no menos conocidos por sus empresas militares que por el esplendor de su linaje, para obtener del Papa la aprobación de su Orden, y al propio tiempo que disponga su Santidad enviarnos socorros y subsidios contra los enemigos de la fe, reunidos con el fin de perdersnos e invadir nuestros estados. Y por cuanto conocemos el peso de vuestra mediación tanto cerca de Dios como de su Vicario, lo mismo que cerca de los príncipes de Europa, hemos creído obrar con prudencia confiando a vos las dos cosas importantes, cuya realización no puede ser para Nos más agradable. Por lo demás, conviene que los estatutos que os pedimos sean de tal forma, arreglados y compuestos, que con ellos se puedan conciliar el tumulto de las armas y los ejercicios militares, a fin de que sean de naturaleza para procurar el provecho de los príncipes cristianos.*

*Haced, pues, de suerte que Nos tengamos por vuestro medio, y durante vuestra vida, la dicha de ver el buen resultado de este asunto y dirigid al cielo para Nos el incienso de vuestras oraciones.”*

A consecuencia de esta carta, San Bernardo tomó tan a pecho este asunto y negoció de tal manera cerca del Papa, de su legado y de los obispos de Francia que logró la convocación del Concilio de Troyes. Hugo y sus compañeros fueron invitados a dicho Concilio.

Lo que ha llegado hasta nuestros días es una regla compuesta por 72 capítulos. Los primeros capítulos hablan del oficio divino, o sea, del rezo. Luego se hace la distinción de tres clases: caballeros, capellanes y sirvientes. Los capellanes no deben gozar de la masa común más que la comida y el hábito; a los caballeros les era permitido tener hasta tres caballos de montura, con un escudero, y para conciliarlos con la sencillez religiosa, estaba rigurosamente prohibido todo dorado o adorno superfluo, que les hiciese vanidosos.

Se halla otro estatuto relacionado con no comer carne tres días a la semana, y que en los días de abstinencia no se sirvieran más que tres platos. En cuanto a la obligación de asistir a maitines a las horas de rezo del día, no hay distinción alguna entre caballeros y capellanes.

No hablemos de las prohibiciones expresas de salir, recibir cartas sin permiso, herir a algún animal –excepto al león- y castigar a los sirvientes que se alistaban a servir gratis, ni tampoco del cuidado de los enfermos, de la sencillez de los hábitos, de la lectura continua durante la comida, del ayuno cuaresmal y de todos los viernes, de las penas señaladas contra los murmuradores y maldicientes, ni de muchos otros reglamentos que servían como guía para llevar a la práctica los principios evangélicos. Mas hay un artículo que no podemos omitir, y es el de cuidado del legislador en considerar como faltas de consecuencia, y prohibir como contrarias a la modestia, las demostraciones de la amistad más inocentes en sí mismas. Y como, en señal de pureza, todos debían llevar el hábito blanco.

Una vez constituida y aprobada la Orden, Hugo y sus compañeros tomaron diferentes direcciones para presentarse ante los reyes de Occidente y presentar la comisión que les había encomendado el rey Balduino.

De esta forma, allá donde se detenían, exhortaban a la gente a unirse a la Cruzada. Durante su permanencia en Occidente creció su número considerablemente. Muchos gentiles hombres de las principales familias de Francia, Italia y España se les unieron.

Hugo, tras haber recorrido Francia, pasó a Inglaterra, de donde se llevó a gran número de señores, entre otros el hermano del conde Anjou, llamado Foulques, que fue nombrado rey de Jerusalén en 1131. Tras haberles dado el hábito de la Orden, regresó a Palestina seguido de multitud de jóvenes.

El rey Balduino se mostró gratamente sorprendido ante el regreso de Hugo y sus compañeros, acompañados por tantos jóvenes caballeros. A todas horas, tanto de día como de noche, al llamarlos estaban inmediatamente sobre las armas, dispuestos para el combate. Se habían impuesto una ley de jamás retroceder y cuando se trataba de salir al encuentro del enemigo nunca se les oyó preguntar “¿cuántos son ellos?” sino “¿en dónde están ellos?”.

Los extranjeros, testigos de su celo y su valor, agradecían sus servicios mediante donaciones y limosnas que les permitieron engrandecer la Orden.

Tal era su fama y gloria, que el rey Alfonso I, rey de Navarra y Aragón, viéndose sin esperanza de posteridad, declaró por testamento solemne en 1131 a los Templarios, canónigos del Santo Sepulcro, y a los Hospitalarios, sucesores a las coronas de Aragón y Navarra, y esto porque no conocía a nadie que fuera capaz de conservar y continuar sus conquistas contra los moros. El mismo príncipe lo reafirmó en 1134, días antes de fallecer, aunque finalmente el pueblo eligió a otros soberanos incumpliendo así el deseo de ambos monarcas.

Gracias al crédito que obtuvieron rápidamente los Templarios, llegaron rápidamente al más alto grado de poder y con la piedad de los fieles, que les dejaban vastas posesiones, fundaron en Oriente y Occidente gran número de casas.

Las casas de la Orden eran priorales o simplemente encomiendas o preceptorías. Las casas priorales eran más importantes y considerables, pues en ellas residían más caballeros, sirvientes y capellanes, en las cuales se recibían los novicios, practicándose con regularidad en la capilla o iglesia, los oficios divinos.

Los clérigos estaban sujetos a un presbiterio llamado Prior, y todos, tanto caballeros como sirvientes, obedecían al Maestre, el cual presidía el capítulo, vigilaba la observancia de la regla e imponía penitencia por todas las faltas disciplinarias.

La mayor parte de los postulantes para ingresar en la Orden, cumplidas las prescripciones ordinarias y admitidos, casi inmediatamente, sin haber hecho el noviciado, eran embarcados para Oriente, a fin de cumplir el tiempo de probación, cuyo término dependía de la voluntad del Preceptor y de su capítulo.

Poco tiempo había transcurrido desde la fundación del Instituto cuando la casa-matriz de la Orden contaba con más de 300 caballeros, con un número mayor de sirvientes, a los cuales no se exigía prueba alguna de nobleza, no permitiéndoles otro hábito que no fuese el negro.

Los caballeros que servían por tiempo, eran una especie de oblatos o conversos, que por devoción iban a la Tierra Santa bajo las banderas del Temple, observando su modo de vivir y su regla. Otros lo hacían por penitencia que a efecto se les imponía, no practicándose esto solo en la Orden Templaria, sino también en la Hospitalaria y Teutónica.

Había dos tipos de sirvientes, los de armas y los de oficiales, éstos se ocupaban únicamente de las cosas interiores de las casas. Los primeros eran muy estimados, pues prestaban ayuda inmediata a los caballeros, principalmente en campaña, y además vigilaban a los prisioneros. Los más diestros y aguerridos llevaban las armas del Maestre hasta que llegaba el momento de hacer uso de ellas.

Hugo de Paganis, viendo que los sirvientes aumentaban de un modo extraordinario, decidió formar y organizar un cuerpo que fuese auxiliar de los caballeros, acreditando el tiempo de servicio en la Orden, pudiendo competir en valor e intrepidez con los caballeros.

Cuando los Templarios iban a la guerra se fortalecían con la participación de los santos misterios, y precedidos del Baucan o Balza, avanzaban en silencio y sin tumulto, y alguna vez rezando las oraciones prescritas por la regla. A fin de marchar más ligeros y ágiles para salir de malos pasos en marchas forzadas, y poder perseguir a los fugitivos, evitaban cargar demasiado a los caballos, y de este modo los caballeros iban lo más desembarazados posibles. Esto les dio grandes resultados, y así, reconociendo el inconveniente de las armaduras completas de hierro, con las que ordinariamente se cubrían de pies a cabeza, que si bien es cierto les hacían invulnerables pero no invencibles, ya que si caían del caballo les era imposible levantarse ellos solos, los Templarios se armaron más a la ligera, y esta agilidad los distinguió de la demás milicia de la época.

## DONACIONES

1131. El conde de Barcelona D. Ramón Berenguer III, al profesar la Orden Templaria, de consentimiento de su hijo, cedió al Temple un fuerte castillo con todas sus dependencias, con la obligación de defender sus límites contra las incursiones de los sarracenos. Esta plaza se llamaba Granyena, según el acta de donación.

En la historia de la iglesia de Gandersheim consta que el emperador Lotario convirtió en iglesia y convento militar para los Templarios un castillo de su dominio particular, llamado Supplingebourg, y lo cedió al Temple en 1131.

En 1132 el rey de Aragón D. Alfonso llamado el Batallador concedió a los Templarios la fortaleza de Mallen que había tomado de los moros en 1127. Con el tiempo, fue cedida al Hospital, en cambio de Nouvillas. En el mismo año el conde de Urgel Armengol VI, de acuerdo con el conde de Pallars, hizo donación a los Templarios del castillo de Barberá situado en la frontera de los moros.

En 1133 Lotario de Baudimant en Champaña hizo donación al Temple de todos los derechos que tenía en dicho lugar, así como el feudo del senescal Andrés, su pariente, y por último cedió a la misma Orden el castillo de Chaus de Merle hasta su territorio de Baudimant.

En 1135 el obispo de Niza colmó a los Templarios de muchas rentas dentro y fuera de la ciudad. Aún se ven el territorio de Niza muchas ruinas y se conserva una bóveda en un lugar llamado “la fuente del Temple”, en donde había un convento de la Orden y la Iglesia se llamaba Santa María del Temple.

En 1135 san Olegario, obispo de Barcelona y arzobispo de Tarragona, puede considerarse como uno de los mayores protectores y propagadores de la Orden del Temple, pues en 1131 fue el que inspiró a Ramón Berenguer III a que no solo los protegiese sino que se afiliara a ella, como en efecto realizó profesando la regla del Temple y muriendo Templario. Dicho conde antes de morir recomendó a su hijo Ramón Berenguer IV la Orden del Temple, de la cual podía esperar gran auxilio contra los moros.

Así pues, dicho conde de Barcelona, siguiendo el consejo de su padre, favoreció a los Templarios mandando construir un convento; y deseando acrecentar más la Orden, envió a pedir al Gran Maestre ultramarino Fr. Roberto de Craon, le mandase algunos frailes para mayor edificación de los muchos que ya había en sus estados, y el 3 de diciembre el mismo conde hizo entrega a Fr. Arnaldo de Bedós y Fr. Hugo de Rigalt, del mas de Barberans, castillo situado a cuatro leguas de Tortosa.

En 1136, Roger III conde de Foix señaló su piedad con la fundación de una casa prioral cerca de Pamiers en un lugar llamado Nogarede, que cedió a los Templarios con el consentimiento de doña Jimena, su esposa, queriendo que desde entonces se llamase Villadieu, distinta de otra Villadieu perteneciente también al Temple situada entre el Tarn y el Garona. Fr. Arnaldo de Bedós y Fr. Raimundo de Gaure recibieron en nombre de la Orden dicha donación, que fue hecha por Amelio obispo de Tolosa. Esta es la casa que se considera más antigua del Temple, fundada en el Languedoc, sin exceptuar la de Montpellier.

En la Rochela Guillermo X duque de Aquitania, que murió en 1137, fundó una casa para el Temple.

Luís el joven rey de Francia, Eleonora su esposa, Ricardo rey de Inglaterra hijo de dicha Eleonora, así como Oton nieto de dicha reina, deben considerarse también como principales bienhechores de la Orden del Temple.

### III. Descripción de las dignidades del Temple

#### *De los caballeros del Temple*

Para ser admitido en dicha Orden, era necesario pertenecer a familia noble, si bien no se exigían pruebas, pues bastaba que el candidato declarase descender de padre noble; pero era castigado con penas severas si con el tiempo se descubría haber mentido sobre este particular.

Era necesario ser de legítimo matrimonio. El candidato debía ser libre de todo lazo y voto, no estar casado ni haber dado esponsales, ni estar comprometido con otra Orden religiosa, y estar sano de cuerpo.

Ni la Regla ni los Estatutos hacen mención de que se exigiese una dote ni cantidad alguna para ser admitido, antes bien, estaba prohibido hacer regalos para ello. No obstante, la Orden recibía una subvención no solo de sumas de dinero sino también donaciones de casas y bienes de los postulantes.

El noviciado no fue nunca fijo desde su fundación. El Preceptor tenía facultad para que el noviciado fuera más o menos largo según su voluntad o necesidad, lo que se justificaba por la Regla, que prevenía que el nuevo caballero fuese enviado sin tardanza a Palestina.

Además de los tres votos de obediencia, castidad y pobreza, debía pronunciar y sujetarse a otro que era el de defender Tierra Santa.

Cada caballero tenía su equipo completo de guerra con tres caballos y un armígero, que podía ser un sirviente o un escudero asalariado; alguna vez era un paje o un jovencito a quien la Orden instruía y educaba para con el tiempo formar parte de ella. Tanto los caballeros como sus fámulos llevaban, según la Regla, el pelo corto, lo mismo que las melenas y la barba. Usaban camisa y calzoncillos que no debían quitarse ni para dormir, no podían usar pectorales, espuelas, frenos, estribos ni cosa alguna de oro o plata, a no ser que dichas cosas fueran dadas por caridad.

#### *De los capellanes*

Al principio de la institución de la Orden no hubo sino caballeros, pero al cabo de algunos años de la fundación, la Santa Sede facultó la admisión de sacerdotes o religiosos para el servicio divino y la administración de los sacramentos.

Fueron admitidos presbíteros como miembros de la Orden, gozando de los privilegios a ella concedidos, y su recepción era la misma que la de los caballeros, exceptuando las preguntas de la nobleza y caballería, pero hacían los mismos votos. El hábito de dichos presbíteros se diferenciaba poco del de los caballeros, únicamente se reconocía por la túnica o sotana blanca más larga, y por una birreta y guantes por respeto a la consagración.

### *De los freiles sirvientes*

Al principio de la fundación, no hubo freiles sirvientes en la Orden, pero como el número de caballeros, escuderos y criados no fuesen suficientes para el servicio y necesidades cada día más crecientes, se ideó la creación de estos freiles destinados a diversos empleos y servicios, ya interiores ya exteriores, de la Orden. En esta nueva clase tenían cabida no solo hombres de bajo nivel social sino también hombres ricos y de ilustre nacimiento, y en tanto es así que hubo freiles sirvientes con los cargos importantes de receptores de las rentas reales, limosneros y tesoreros del rey de Francia.

La recepción era la misma que la de los caballeros, el hábito era de paño oscuro para diferenciarlo. Sin embargo, podían ser preceptores, y en la elección del Gran Maestre tenían el privilegio de nombrar tres individuos de su clase para que en unión de los trece electores asistiesen al capítulo general.

Estaban divididos en dos ramas: sirvientes de armas y sirvientes de artes y oficios, éstos últimos estaban destinados a los talleres de la Orden y a las posesiones y bienes que administraban y cultivaban. Los sirvientes de armas gozaban de mayor consideración, principalmente los armeros, por ser su profesión muy importante en la Edad Media.

El cargo de tesorero de la Orden lo desempeñaba un freile sirviente.

La *primera dignidad* era la del Gran Maestre, también llamado Ultramarino por residir ordinariamente en Palestina, su categoría era considerada como príncipe entre los soberanos y en los Concilios su asiento estaba señalado después del de los obispos con preferencia a los embajadores de las potencias.

Si el Maestre no moría en el campo de batalla, ni en la esclavitud por haber caído en poder de los infieles, o después de haber hecho abdicación, al hallarse terriblemente enfermo, confiaba los sellos de la Orden y su anillo a uno de los más caracterizados caballeros, el cual con solo este acto era reconocido como su lugarteniente. Sin embargo, a la muerte del Gran Maestre podía ser destituido por el Consejo o continuar, en cuyo caso toda la Orden debía obedecerle. Éste tenía el derecho de convocar el capítulo general, fijando el día de la elección y de acuerdo con los capitulares elegir el presidente, quien pedía un adjunto, y los dos pedían un tercero, y así sucesivamente hasta trece, entre los cuales debía haber un presbiterio, ocho caballeros y cuatro hermanos, todos de diferentes provincias.

Concluida la elección, el que había obtenido la pluralidad de votos era acompañado al altar de la capilla y allí el presidente lo proclamaba ante el capítulo, le hacía entrega del anillo y sellos de la Orden, leyéndole la Regla, los Estatutos y obligaciones de su alta dignidad, concluyendo con prestar todo el capítulo el homenaje y obediencia debidos al nuevo jefe de la Orden.

El Gran Maestre, con el Capítulo, tenía facultad de nombrar y también de destituir a los grandes dignatarios, aunque fuesen Maestres provin-

ciales.

Debía prestar juramento de conservar y aun aumentar los bienes y rentas de la Orden y bajo ningún concepto enajenar aquellos.

En su poder conservaba una de las llaves del tesoro. El distintivo del Gran Maestre era el *Abacus* o bastón, con un gran puño o pomo blanco y la cruz en medio de un círculo u orla.

El servicio del Gran Maestre o sea, su casa, se componía de un capellán, dos caballeros, un secretario, un freile sirviente, dos mayordomos, dos criados para comisiones y cuatro turcópoles; uno sería para correo, otro camarero, otro cocinero de campaña y el otro para llevar la lanza y el broquel. Además de las monturas destinadas a su séquito, tenía dos caballos para el equipaje, tres para montar con su palafrenero, y un caballo de batalla. En suma, cuando el Gran Maestre iba de campaña su séquito se componía de 14 personas y 21 caballos.

Ordinariamente, el 14 de Septiembre, en honor de la Santa Cruz, se celebraban los capítulos generales, presidiéndolos el Gran Maestre, y en su defecto, el Visitador General, y lo resuelto en dichos capítulos tenía fuerza de ley y debía observarlo toda la Orden.

El Gran Comendador tenía su inspección sobre los buques, víveres y tesoro, en cuyo poder estaba la segunda llave. Todos los freiles dependían de su autoridad. De él incumbía proporcionar médicos, cirujanos y todo lo necesario para la enfermería.

En tiempo de paz tenía más preferencia que el Mariscal, pudiendo convocar capítulo en ausencia del Maestre y de su teniente. Después del Gran Maestre todos los caballeros debían obedecer sus órdenes. En campaña tenía el mando superior militar, debiendo suministrar todo el material de guerra, armas, ballestas, tiendas, mantas y sobre todo los caballos y mulos necesarios para los pertrechos y provisiones. Con todo no podía comprar nada sin permiso del Gran Maestre, fuera de casos urgentes e imprevistos.

El Mariscal iba al lado del Gran Comendador y tenía preferencia sobre el Drapero, Senescal y demás oficiales superiores, sin exceptuar al mismo Gran Comendador, quien tenía la obligación de hacer conducir y trasladar las tiendas, capilla y demás equipajes. En campaña, si no estaban el Gran Maestre o el vice Maestre podía reunir el consejo de guerra. El séquito del Mariscal se componía de su teniente, del caballero porta estandarte y de los criados para cuidar de los caballos y los mulos.

Los Estatutos prohibían al Mariscal poder mandar un toque de ataque o carga al enemigo sin permiso del Gran Maestre, a menos de un peligro inminente.

Sin autorización del Gran Maestre no podía prestar caballos a los seglares sino por uno o dos días.

El empleo del Tesorero o Senescal consistía en procurar con tiempo hacer las provisiones necesarias para el suministro de la Orden y vigilar que los alimentos fuesen distribuidos sin distinción de personas. Por su mano debía pasar todo el dinero del tesoro y por razón de su cargo tenía en su poder la tercera llave. Todos los donativos que se hacían, ya en dinero, ya en especie, debían entregarse al Tesorero quien tenía la facultad de

distribuir los últimos en provecho o uso de aquellos a quienes se había hecho el regalo o donativo.

El Drapero tenía el cargo del vestuario, proporcionando a todos los miembros de la Orden los hábitos necesarios, así como las cotas de malla, espalderas, etc....

El cargo de Visitador General era el de girar visita a todos los conventos, residencias, castillos y granjas de la Orden, corrigiendo los abusos, imponiendo las penas, administrando justicia y procurando la observancia de la Regla.

Además había las dignidades de Castellán, o sea gobernador de los castillos, el Turcopolier que era el comandante de la caballería ligera, y el Capillero, destino que lo desempeñaba uno de los caballeros más virtuosos y ejemplares, el cual estaba encargado de la capilla y ornamentos.

Ninguno de la Orden, fuese caballero, sirviente, clérigo o laico, sin un expreso permiso, podía confesarse con otros religiosos sino con los capellanes de la Orden.

Entre los Templarios había tres delitos irremisibles o imperdonables, a saber: la pederastia (sodomía), la apostasía (aun cuando no se abjurase la fe) y la cobardía o infamia que cometía el Templario huyendo de los infieles. Para estos tres casos, la Orden no perdonaba: el criminal era expulsado para siempre de sus filas.

Finalmente había la dignidad de Preceptores, que eran los jefes superiores de las casas y administraban los bienes de su distrito, que con el tiempo se llamaron Bailíos.

## CEREMONIAS Y FORMULAS DE RECEPCION

Cuando un miembro de la sociedad solicitaba ingresar en la Orden, suplicaba al Maestre, Comendador o Preceptor de la casa en la que quería entrar, se dignase admitirle en la misma, una vez aprobada la solicitud se observaba lo siguiente:

El día señalado se reunían en la iglesia o capilla todos los Templarios que formaban la comunidad de la residencia, cada dignatario ocupaba su lugar según categoría, regularmente aquel día se celebraba capítulo. Se cerraban las puertas, haciéndose muy de mañana y con dos velas encendidas y la luz de las lámparas. El postulante aguardaba fuera de la capilla, entonces el presidente, ya fuese el Maestre, Visitador, Comendador o Preceptor, elegía dos caballeros para que interrogasen tres veces consecutivas al futuro Templario y según sus respuestas era conducido a la iglesia.

A continuación expongo unas declaraciones que sobre este particular hicieron en el proceso formado por la Comisión papal el 12 del mes de enero de 1311 Fr. Geraldo de Causo, caballero Templario de la diócesis de Rodez. Y el día 15 del mismo mes y año Fr. Rodolfo de Gisi de la diócesis de Beauvais:

“Entonces los caballeros preguntaban:

-Deseamos saber si sois libre para que se os puedan hacer las siguientes preguntas.

1º Si estáis firme en la fe católica, según la fe de la Iglesia romana.

2º Si estáis constituido en sagradas órdenes o ligado con vínculo matrimonial.

3º Si estáis obligado por voto a otra Orden religiosa.

4º Si pertenecéis a la nobleza y nacido de legítimo matrimonio.

5º Si sois excomulgado o por culpa propia o de otro.

6º Si habéis prometido, dado u ofrecido alguna cosa a los religiosos del Temple o a otros para que se interesen a que seáis recibido en dicha Orden.

7º Si padecéis alguna enfermedad latente por la cual fuerais inhábil para el servicio de la casa y ejercicio de las armas.

8º Si sois deudor respecto de vos o de otros, para cuya solución no bastara lo vuestro y en perjuicio de los bienes del Temple.

“A estas preguntas respondió, que creía firmemente en la fe católica, que era libre, noble, hábil, de legítimo matrimonio, y que no tenía ninguno

de los impedimentos antes citados.

A cuya contestación los dos caballeros advirtieron al postulante se dirigiera a la iglesia y rogase a Dios a fin de que su ingreso en la Orden fuese para la salud de su alma, honor de su familia y amigos, y que Dios perfeccionase su petición e intención; y mientras el postulante hacía su petición los dos caballeros fueron al Preceptor y capítulo a dar parte de su comisión....>”

A continuación expongo el juramento y forma de homenaje que hacía y prestaba el Maestre provincial de Portugal, que aunque era un jefe de la Orden con pocas variables sería igual al juramento del Gran Maestre.

*“Yo (X) caballero de la Orden del Temple y nuevamente elegido Maestre de los caballeros que son en (X).*

*“Prometo a Jesucristo Nuestro Señor y a su Vicario N. Soberano Pontífice y a sus sucesores, obediencia y fidelidad perpetua y juro que no solamente defenderé de palabra sino también con las armas y con todas mis fuerzas, los misterios de la Fe...>*

*“Yo prometo también estar sumiso y obediente al Maestre general de la Orden, según los Estatutos que me han sido prescritos por nuestro hermano san Bernardo; que todas las veces que sea necesario yo pasaré los mares para ir a combatir; que daré socorro contra los reyes y príncipes infieles, y que en presencia de tres enemigos no retrocederé, antes al contrario, sostendré y levantaré la cabeza contra ellos, si son infieles. Que no venderé los bienes de la Orden, ni consentiré sean vendidos y alienados. Que guardaré perpetuamente la castidad, y que seré fiel al Rey nuestro señor de (X).*

*“Que no rendiré a los enemigos ni las villas ni los castillos pertenecientes a la Orden. Que no rechazaré a las personas religiosas, principalmente a los religiosos del Cister y a sus abades, teniéndolos como otros hermanos y compañeros nuestros, dándoles socorro, ya con palabras, ya con buenas obras, y aun por medio de las armas.*

*“En fe de esto, de mi propia voluntad juro que observaré todas estas cosas”.*

*“Dios sea en mi ayuda y sus Santos Evangelios”.*

La fórmula particular de la profesión de los caballeros Templarios era la siguiente:

*“Yo, (X), caballero de la Orden del Temple, prometo a Nuestro Señor Jesucristo, ya su Vicario el romano Pontífice y sucesores que legítimamente entraren, perpetua obediencia y fidelidad para siempre.*

*Y a más prometo sujeción, castidad y obediencia a vos, el R. N. Maestre de la Orden del Temple y sucesores, según los Estatutos de los monjes*

*del Cister, delante de Dios y des sus Santos, cuyas reliquias se conservan en este lugar que se llama (X) de Orden de los Templarios.*

*“Así, Dios me ayude, y estos Santos Evangelios”*

Esta fórmula se halla manuscrita en el archivo de la abadía de Claraval.

Ceremonia con que la Orden Templaria acostumbraba reunir y celebrar sus capítulos, por cuanto fueron ellos objeto de graves acusaciones por parte de los enemigos de dicha Orden.

Tanto si eran generales, provinciales o particulares los capítulos que debía celebrar la Orden, precedía antes misa del Espíritu Santo, y sermón que dirigía a los capitulares un religioso de las órdenes de frailes Menores o Carmelitas, procurando que ninguno que no perteneciese a la Orden penetrara en el capítulo, o que se acercase ningún seglar a la puerta donde se celebraba dicho capítulo, como asimismo lo observan todas las órdenes regulares. Por consiguiente, durante el capítulo estaban cerradas las puertas, mientras se deliberaban asuntos importantes de la Orden; y si el capítulo era general, presidido por el Gran Maestre, cuanto se ordenaba en él tenía fuerza de ley tanto en Ultramar como en citramar y se observaba en toda la Orden.

Concluido el capítulo, el Maestre o preceptor que lo había presidido, levantándose y estando de pie junto al sacerdote asistente a todos los hermanos, se arrodillaban con las manos juntas, puestos en oración aguardando la absolución del sacerdote, pero antes el Maestre o preceptor decía: *“Hermanos, luego podremos retirarnos; nuestra indulgencia del capítulo es tal, que cualquier hermano que tuviese bienes en la casa, o hubiese distribuido pródigamente las limosnas que no debía, no reciba ni obtenga la parte en los bienes hechos en dicho capítulo ni en otros lugares de la Orden; no obstante de todas aquellas cosas que omitiréis decirnos, por vergüenza de la carne, o por miedo de la justicia de la Orden, Nos os concedemos la indulgencia que podemos y debemos.”*

En seguida el mismo Maestre o preceptor rezaba las preces por la paz, por el Papa, cardenales y otros prelados, por el estado de la Iglesia, por Tierra Santa, por los navegantes, por los religiosos, por los reyes de Francia e Inglaterra y generalmente por todos los demás reyes cristianos, para que Dios les concediese paz, concordia y buena voluntad de socorrer prontamente la Tierra Santa; por los peregrinos y sus bienhechores, por los padres y madres, cofrades de la Orden vivos y difuntos, y por todos los fieles y almas del purgatorio, mandando finalmente que todos los hermanos rezasen un *pater noster*. Dicho esto, el sacerdote les daba la absolución.

Entonces el Maestre o preceptor se arrodillaba y hacía oración como los demás Templarios. Tras las oraciones, todos se levantaban y se iban a sus aposentos.

## PROGRESOS DE LA ORDEN EN EUROPA

La milicia del Temple fue establecida en todos los reinos de Europa durante el maestrazgo de Fr. Hugo, adquiriendo en todas partes por su valor e intrepidez fama y gloria. De ahí es que las plazas y los castillos más amenazados se confiaban a su defensa. En los ejércitos cristianos los Templarios eran los primeros en atacar y arrollar al enemigo, por numeroso que fuera; con tales cualidades y condiciones no es de admirar su progreso, importancia y poder.

Cuando se hubo logrado la organización de un respetable ejército de Templarios, se le destinó a las fronteras de Jerusalén, y distribuidas sus fuerzas en destacamentos, vigilaban aquellas, haciendo frente por todos lados, impidiendo las correrías y el merodeo de los infieles. Este pequeño reino, puede decirse, se hallaba bloqueado por diferentes príncipes turcomanos, o por los árabes del desierto o por los sarracenos de Egipto. El celo unido al valor de los Templarios y el eco de sus primeras empresas se captaron pronto la admiración y voluntad de los cristianos, así como infundieron terror a los bárbaros.

Durante el gobierno de Hugo de Paganis se extendió y propagó la Orden del Temple por toda España, principalmente en Cataluña y Aragón, haciendo progresos admirables, y como desde su instalación dieron tantas pruebas de valor e intrepidez, los reyes les dieron las empresas más arriesgadas, concediéndoles en premio de sus hazañas, territorios, castillos, y bienes con los cuales pudieran prosperar.

Con la muerte de Hugo de Paganis, primer Gran Maestre y fundador de la Orden, los Templarios residentes en Jerusalén, reunidos en capítulo, eligieron como sucesor a Fr. Roberto de Craon cuyo sobrenombre era el Borgoñón.

Guillermo de Tiro le califica de gran capitán, hábil en el arte de la guerra, ilustre por la pureza de costumbres y el esplendor de su nacimiento. Era el tercer hijo de Reinaldo II señor de Craon, fundador de la abadía de la Rue en Anjou.

Roberto se casó con Richeze, hermana única de san Anselmo, arzobispo de Canterbury; tuvo algunos hijos que murieron en la infancia, sobreviviendo solo el mayor, llamado Anselmo, que le consagró al estado eclesiástico en la iglesia de Canterbury, donde su tío el arzobispo procuró con sumo cuidado su educación. El joven tomó el hábito religioso y con el tiempo fue elegido abad de San Edme en Inglaterra, hizo un viaje a Roma, y el papa Pascual II le nombró abad de San Sabas y obispo de Londres.

Escribió San Anselmo a Roberto, dándole noticias de su hijo para que le sirvieran de consuelo. El matrimonio pasaba tranquilamente sus días hasta que a Roberto se le ocurrió viajar a Tierra Santa, dejó a su esposa protegida y asegurada.

Tras el fallecimiento de su mujer, Roberto entró finalmente en la Orden del Temple en 1130.

Al cabo de poco tiempo, Roberto fue elegido Gran Maestre, demostrando gran valor e intrepidez.

Una muchedumbre de bandoleros se había atrincherado al otro lado del Jordán, y el rey de Jerusalén había reunido al ejército cristiano y marchado para derrotarlos. Al saber de esta expedición, el gobernador de Alepo Asuard, aprovechó la ausencia del rey para merodear por Palestina y atravesar el Jordán a la cabeza de una división, talando y robando el país a voluntad.

El Gran Maestre, que se había quedado en Jerusalén, al tener noticias de esta invasión, reunió a los caballeros y armando a muchos ciudadanos y sin perder tiempo, fue al encuentro del enemigo. Este, que no esperaba resistencia, se sorprendió, y al empuje de las fuerzas cristianas emprendió la fuga. La prudencia aconsejaba contentarse con este resultado, y tal era la intención del Gran Maestre; pero la codicia del botín hizo que esta jornada fuese fatal para los cristianos. Tras haber derrotado a los musulmanes, los ciudadanos y demás gente que había seguido al Gran Maestre se desbandaron para correr al pillaje, y Asuard, que lo comprendió, replegando sus fuerzas, acometió de nuevo y derrotó completamente a los cristianos. El Gran Maestre intentó contener a los sarracenos pero fue en balde, a medida que los Templarios acudían por pelotones para secundarle, eran acuchillados por el número. En esta empresa murieron notables caballeros, entre ellos el bravo Templario Eudes de Montfaucon, que se había distinguido anteriormente por su valor y bravura.

La noticia de esta derrota llegó muy pronto al ejército, y lejos de aminorar el ánimo de los jefes, no hizo más que redoblar su espíritu a fin de estrechar al enemigo en sus escondites. En efecto, al cabo de poco tiempo el ejército cristiano que había acudido para castigar a aquellos bandidos, se apoderó de dichas montañas pasando a cuchillo a los malhechores, cuyo castigo consoló la pérdida sufrida por el experimentado jefe superior del Temple.

Entre tanto la Orden se multiplicaba sensiblemente en Occidente. Los Templarios existían ya en Italia en 1138; san Bernardo en uno de sus viajes se hospedó en la casa del Temple, en el monte Aventino, y su iglesia es la que en la actualidad se llama Santa María.

En el año 1142 el reino de Jerusalén experimentó la pérdida irreparable y de graves consecuencias, y fue la muerte de Foulques, ocasionada por la caída de un caballo, dejando dos hijos menores, Balduino de trece años y Amauri de siete.

La muerte del rey dio margen a cábalas e intrigas. La falta de unión de los barones y la rivalidad de los grandes perturbaron la buena dirección del gobierno, favoreciendo así el progreso de los musulmanes.

La reina Melisenda, viuda de Foulques y madre de los dos infantes, por razón de su minoría de edad, pretendía la regencia y ser reconocida como gobernadora del reino, sin embargo, los disturbios que hubo con motivo de la oposición que hicieron los grandes, se consideró prudente ceder, de forma que la reina madre fue reconocida como regenta y su hijo Balduino III coronado rey.

Omad-Eddin-Zenghi, sultán de Mossul y Alepo, fundador de la dinastía de los Aladecks, tomó por la fuerza Edesa. Esta pérdida causó honda sen-

sación en Occidente y en Oriente porque con dicha pérdida se veía amenazada toda Palestina.

Por este motivo se produjo un clamor general reclamando que ésta fuese socorrida de inmediato. Así se produjo la Segunda Cruzada para salvar Tierra Santa de los musulmanes.

## VI, LA SEGUNDA CRUZADA

Habiendo el papa Eugenio II publicado la bula de la Cruzada con la cual confiaba a san Bernardo la misión de predicarla, se convocó una reunión en Vezelay el domingo de Ramos, 31 de marzo de 1146, a la cual acudió una gran multitud de señores, caballeros, prelados y hombres de todas las clases y condiciones.

El grito de “¡Dios lo quiere!” interrumpió el discurso, como había interrumpido las palabras de Urbano II en el concilio de Clermont. Como el entusiasmo de la multitud aumentaba, san Bernardo profetizó el buen éxito de la Cruzada, amenazó con la cólera divina a los que no peleasen por Jesucristo y gritó como el Profeta: “¡Desgraciado, desgraciado aquel que no llegue a ensangrentar su espada!”

El ardor de la guerra santa se había apoderado de toda la asamblea. Así pues, san Bernardo recorrió los reinos inflamando los corazones con el fuego sacro de las Cruzadas.

Para sufragar los gastos de esta cruzada eran necesarios grandes recursos, para este objeto se impusieron gravosos tributos, sin exceptuar al clero, artistas y labradores, lo cual produjo murmullos y tumultos y que se asesinase en Sens al abad de San Pedro le Vif.

Mientras se organizaban los ejércitos cruzados de Francia y Alemania, ocurrió la muerte del Gran Maestre Fr. Roberto de Craon, por cuanto desde 1143 no se encuentra nada que haga relación a dicho Gran Maestre, por cuya razón se considera que su maestrazgo no pudo durar más de diez años.

Fray Everardo de Barres había sido preceptor en Francia algunos años antes, y como a tal, fue delegado por Fr. Roberto de Craon para trasladarse a Navarra y Aragón.

No es posible averiguar si fue elegido presente o ausente, lo único que se sabe con certeza es que el abad Odon de Dueil consideró a dicho Gran Maestre como un caballero recomendable y que se halló con gran parte de los Templarios reunidos con los francos delante de la ciudad de los Profetas, antes de San Dionisio en 1147.

El emperador Conrado de Alemania y Luís rey de Francia, a consecuencia de la predicación de la Cruzada, formaron cada cual su ejército. Todo el mundo se armaba cruzado; hasta Leonor reina de Francia, como en otro tiempo las amazonas, a la cabeza de muchas damas, apareció a caballo antes de partir para Palestina.

Durante el año 1148 fueron continuos los reveses que sufrieron los cruzados. Todos saben el lance peligroso en que se halló el rey de Francia Luís VII en las montañas de Laodicea, obligado a huir durante la noche a fin de evitar las emboscadas de los musulmanes que lo tenían rodeado; mas no sucedió lo que éstos esperaban, merced a la confianza que depositó el rey en el Gran Maestre del Temple Fr. Everardo de Barres, el cual con los

Templarios había acudido para salvar al ejército cruzado francés, servirle de guía y defenderle del peligro. El rey confió al Gran Maestre toda la retaguardia que, por un pánico indescriptible estaba, se hallaba en un verdadero desorden, y la vanguardia, a un jefe encanecido en la guerra y al mismo tiempo de gran valor y serenidad imperturbable, colocándose el rey entre estos dos cuerpos. Con semejante disposición se emprendió la marcha hacia Pamfilia en buen orden, y aunque el enemigo seguía flanqueando a los cruzados, fue rechazado siempre con valentía y con pérdidas de tal naturaleza que dejó después seguir tranquilamente la marcha al ejército cruzado.

El abad Dueil dice: “El rey amaba ver la frugalidad de los Templarios, deseando proponerla a sus soldados para que la imitasen, sirviéndoles de modelo, así como su unión y desinterés; admiraba también la atención y cuidado especial que tenían de las armas de sus soldados como de las suyas propias; y en un consejo de guerra que se tuvo, se mandó que tanto los oficiales como los soldados tuvieran cordial confraternidad con los Templarios, y que se obedeciese a sus comandantes, bajo cuyas órdenes se marcharía”.

Durante la estancia del rey en Antioquia, el Gran Maestre, informado de la escasez de dinero, ofreció al rey los tesoros de la Orden, partiendo inmediatamente a por ellos.

Algún tiempo después, el rey escribió a su ministro para manifestarle cuánto debía él y su ejército a los importantes servicios que habían recibido de los Templarios después de su llegada a Oriente.

*“Yo no veo cómo habríamos podido subsistir un momento dentro del país, sin el socorro que de continuo nos han dado hasta el presente los Templarios; por este motivo os ruego que les deis nuevos testimonios de reconocimiento, y hagáis comprender cuánto yo les estoy obligado. He creído necesario advertiros que en este momento han hecho un empréstito en mi favor, de una suma considerable que conviene devolverla lo más pronto posible, para desempeñar mi palabra e impedir que sufran perjuicio. Por lo tanto tendréis cuidado de librar sin dilación dos mil marcos de plata sobre la suma prestada, por cuanto es superior y monta a 30.000 sueldos moneda de Poitiers. Yo lo he encargado al conde Geofredo de Rancon para que los remita inmediatamente, quien me lo ha prometido graciosamente; si él falta a la palabra, yo os ordeno de intimárselo de mi parte, y que se acuerde de las órdenes que tiene recibidas”.*

De Antioquia pasó Luís a San Juan de Acre con los restos del ejército y después a Jerusalén, donde fue recibido con demostraciones de alegría.

Tras unos días se celebró una junta el 20 de mayo compuesta de príncipes, prelados y los dos Grandes Maestres, reuniéndose en ella lo más ilustre de la Iglesia y del Estado de Oriente y Occidente. Se trató de las operaciones más ventajosas para la cristiandad, resolviéndose el sitio de Damasco; y dada la orden de marcha, se dispuso que Balduino rey de Jerusalén, seguido de los orientales, se pusiera a la vanguardia, los franceses con los Templarios formasen el cuerpo de batalla y el emperador con los alemanes la retaguardia. Llegado el ejército delante de Damasco, la atacó por la parte de los jardines que la cubrían al occidente y septentrión, y la rendición de la plaza era infalible si no se hubiera atravesado de por medio la traición.

Los infieles mandaron emisarios a algunos barones sirios, que militaban en el ejército sitiador, prometiéndoles grandes sumas de dinero si lograban que se cambiase el ataque. Los príncipes cayeron en el lazo permitiendo que se cambiase el ataque, que entonces fue por la parte de oriente de

la plaza, que estaba más fortificada, y en donde los víveres no podían llegar con tanta facilidad y con mucho peligro, de forma que el hambre se hizo notar en poco tiempo. Advirtiéndolo demasiado tarde, tuvieron que levantar el estado de sitio.

Esta Cruzada fue desgraciada, puesto que estos ejércitos no pudieron rendir una sola plaza fuerte de los infieles.

Palestina se encontraba en estos momentos seriamente amenazada no solo por los egipcios sino también por el Mediodía, por esto el rey de Jerusalén mandó construir las murallas de la antigua ciudad de Gaza y confió su defensa a los Templarios.

El Gran Maestre Everardo siguió al rey de Francia en su retirada de la Tierra Santa y no se separó de él hasta llegar a París, donde el Gran Maestre partió a Claraval. En este mismo año 1149 aprobó el Gran Maestre la concordia hecha entre los caballeros y el abad de San Juan de Angely y también aceptó las donaciones hechas por Arnaldo arzobispo de Narbona.

En cuanto a Everardo, Gran Maestre del Temple, tras lo sucedido con la última Cruzada decidió renunciar a su maestrazgo.

He aquí lo que decía el Senescal o Tesorero del Temple en una carta que remitió al Gran Maestre en 1150.

*“Desde que nos vemos privados de vuestra querida presencia, hemos tenido la desgracia de perder en un combate al príncipe de Antioquia, con toda su nobleza. A este accidente ha seguido un segundo: los partos acaban de hacer una invasión dentro del país de Antioquia sin que nadie se haya atrevido a resistírseles.(...) A la primera noticia de este desastre nos hemos reunido de concierto con el rey de Jerusalén, y resuelto ir al socorro de esta desolada provincia.(...)”*

*Vuestra Paternidad sabe en qué condiciones hemos consentido en su salida; ella conoce la necesidad extrema en que nos hallamos de dinero, de caballeros y sirvientes. Nos le suplicamos con instancia que se venga lo más pronto posible, con los fondos necesarios a la Iglesia oriental, nuestra madre común.*

*Apenas llegamos a las cercanías de Antioquia, el sultán Alepo por un lado y los partos por otro, habiéndonos embestido y encerrado dentro de la ciudad, devastaron impunemente nuestras viñas y cosechas.*

*(...) Es también de primera importancia comunicar la próxima desolación de la Tierra Santa al Papa, al rey de Francia, a los príncipes y eclesiásticos, a fin de empeñarles en socorrernos en persona, o enviándonos subsidios.*

*(...) Por Dios, nuestros estimadísimos hermanos, a quienes los mismo lazos y los mismos votos deben hacer sensibles nuestras calamidades, reuníos a vuestro jefe, entrad en sus miras, secundad sus intenciones, es preciso vender todo lo que podáis; venid a sacarnos del peligro; de vosotros esperamos la libertad y la vida”.*

Sin embargo, Everardo, disgustado del mundo y abrumado por las dificultades anexas a su ministerio, dimitió y abdicó el maestrazgo en manos de aquellos caballeros que habían sido comisionados para entregarle dicha carta, no pudiéndole hacer cambiar de resolución, y luego pidió a san

Bernardo le admitiese entre sus discípulos.

## Bernardo de Tramelay

Tras el regreso de los caballeros a Palestina con el acta de abdicación del maestrazgo, tuvo lugar la reunión del capítulo general para elegir un nuevo jefe de la Orden. Fue finalmente elegido un caballero de la primera nobleza de Borgoña, Fr. Francisco Bernardo de Tramelay, nombre de un castillo de la baronía de Arinthoz. Bernardo era el tercer hijo de Humberto señor de Tramelay. La elección de este maestrazgo se hizo en 1151.

Sus primeros ensayos y acertadas disposiciones contuvieron los progresos de Noradino y del sultán de Acre, impidiéndoles por mucho tiempo que pudieran causar molestia, ni emprender ataques serios, sin experimentar algún revés de consideración.

Tras la campaña de 1151 contra estos dos caudillos musulmanes, bajo las órdenes del rey de Jerusalén, el Gran Maestre se retiró a Naplús con el grueso del ejército y las fuerzas del Temple para reponerse de las fatigas, organizar y aumentar los escuadrones del Temple y abastecerse de lo más necesario para emprender otra vez la batalla contra los infieles.

Durante la ausencia del rey y del Gran Maestre, Jerusalén estuvo a punto de caer en manos de los infieles. Al saber del ejército que se aproximaba a la ciudad, sus gentes se espantaron pero al ver que los pocos Templarios y Hospitalarios que habían quedado en la ciudad tomaban las armas, los ciudadanos hicieron acopio de valor y los imitaron. Se resolvió no esperar al ataque del enemigo, por lo que salieron por la noche a atacar su campamento. El enemigo, sorprendido, salió en desbandada sin tener camino seguro. Huyeron por la parte de Jericó, cayendo frente a un cuerpo de caballería que había mandado el rey al saber que un ejército se aproximaba a su ciudad.

El rey por represalias resolvió hacer una expedición para devastar el territorio de Ascalon. Se puso a la cabeza del ejército, seguido de los Grandes Maestres del Temple y de los Hospitalarios. Entró en dicho país pasando a hierro y fuego cuanto encontraba. Para sitiar la ciudad, ya que sus fuerzas eran insuficientes, convocó a toda la nobleza del reino, los peregrinos que llegaban ofrecían sus servicios, los restos de la primera Cruzada corrieron al campo, mientras Gerardo señor de Sidon al frente de 15 galeras vigilaba la parte de mar para que no entrasen socorros a la plaza.

El sitio fue largo y tenaz, los ataques vivos y continuos, la defensa valiente. Cada salida era una batalla, cada palmo de terreno costaba la vida de los más bravos soldados. Hacía cinco meses que duraba el sitio cuando se presentó una escuadra venida de Egipto cargada de víveres y refuerzos para el enemigo.

El almirante cristiano, a la vista de tan poderosa escuadra, no pudiendo disputarle el desembarco, se retiró aconsejado por la prudencia y el enemigo desembarcó sin oposición. Ascalon recibió con gritos de alegría este socorro. Parecía que ya no quedaba otro remedio al ejército cristiano

que rendirse, pero ésta no era la opinión de los Grandes Maestres. En un consejo de guerra, expusieron estos que la retirada del ejército sería un deshonor para el soldado, y que envalentonaría al enemigo y podría querer luego el sultán invadir Jerusalén. Por fin el rey, tras haber pesado las razones de sus consejeros determinó continuar el sitio.

Los Templarios trabajaban tan cerca de la ciudad que lograron llenar un foso, y colocaron una torre muy alta de madera aproximándola a la muralla; era una máquina de guerra, la cual por medio de unas ruedas se podía retirar y acercar según convenía; estaba dotada de un puente levadizo que se dejaba caer sobre la muralla y por él pasaban los sitiadores para apoderarse de la plaza. Los sitiados le prendieron fuego pero el incendio fue fatal para éstos, pues en vez de quemar la torre merced a un viento de Este que se levantó, las llamas calcinaron la muralla y se desplomó su parte superior. El Gran Maestre de los Templarios junto a otros 50 caballeros se introdujo por dicha abertura, causando la alarma en la ciudad. Los enemigos se apoderaron de la brecha y corrieron a repararla, dejando encerrados en el interior al grupo de valientes que pese a su defensa fueron finalmente abatidos.

Se sabe por un testigo ocular que asistió a esta campaña desde el principio del sitio hasta la rendición de la ciudad, que no se escapó ni un solo Templario, cortándoles a todos la cabeza, sin exceptuar al Gran Maestre, cuyo cuerpo, al igual que el de los demás fue expuesto en espectáculo a la vista de los sitiadores.

Tras este suceso, el rey quiso abandonar Ascalon, pero antes juzgó prudente hacer un consejo de guerra para resolver la situación. Sin embargo los caballeros de ambas Órdenes se negaron a abandonar la lucha.

Tres días después el ejército avanzó hacia la muralla. Los caballeros Templarios, para vengar la muerte de su Gran Maestre y sus hermanos asesinados, en compactos escuadrones se abalanzaron con furor a través de las masas enemigas, sembrando el terror y la muerte en todas partes. La batalla duró desde la mañana hasta la noche. La victoria estuvo indecisa para unos y para otros, esta alternativa excitó a los combatientes a hacer tales esfuerzos que convirtieron esta acción no en batalla sino en cruel carnicería.

Tras este primer día y con el pretexto de enterrar a los muertos hubo una suspensión de hostilidades por tres días, y a favor de esta tregua se estipularon las condiciones de la rendición, que consistieron en poder salir con algunos efectos, acompañándoles una escolta hasta Laris, ciudad del desierto, lo que se cumplió lealmente.

Tras 6 meses de sitio los cruzados entraron en Ascalon el miércoles 11 de agosto de 1153.

## Bertrán de Blancaflort

A los pocos días de la conquista de Ascalon, los Templarios, ya descansados, se reunieron en capítulo general para elegir un nuevo Gran Maestre, recayendo la suerte en Fr. Bertrán de Blancaflort, cuya prudencia ensalza particularmente el historiador Guillermo de Tiro.

Este caballero era hijo de Godofredo, señor de Blancaflort, una de las más distinguidas familias de la Guienne, que llevaba su nombre de un antiguo castillo feudal del Burdalés.

Los principios del maestrazgo de Blancaflort son notables por la ruidosa cuestión suscitada entre los obispos orientales y las órdenes militares Templaria y Hospitalaria con motivo de las grandes inmunidades y exenciones con que las habían agraciado los Soberanos Pontífices.

El clero en general reprobaba y no podía soportar que los caballeros de ambas Órdenes se hallasen sujetos inmediatamente a la Santa Sede, que estuviesen exentos de pagar el diezmo, exceptuados de entredicho general, con derecho de nombrar y también de destruir a los presbíteros del goce de los beneficios anexos a las Órdenes.

El patriarca se quejaba de que los caballeros, principalmente los Hospitalarios, contra los que se suscitó la cuestión, multiplicasen sus capillas y cementerios en el territorio de su jurisdicción y que en ellos se enterrase a todo aquel que en sus últimos momentos se ligaban en hermandad con la Orden. Además, impugnaba que los capellanes de la Orden, cuando viajaban para recoger limosnas o por otros objetos, podían mandar que se les abriesen las puertas, una vez al año, de cada iglesia por donde transitaban, recibiendo las ofrendas de los fieles.

Los caballeros, por su parte, considerando sus exenciones como una recompensa e indemnización de los gastos que hacían para prestar servicio a la religión y al estado, sostenían que aquellas no eran en nada odiosas, por cuanto aunque se apartasen, bajo ciertos puntos, de la regla general, podían considerarse como de provecho común, que a pesar de todo el uso que se hacía de sus bienes, ya combatiendo a los infieles, ya cuidando a los pobres en los hospitales, valía tanto como los servicios prestados por la nobleza seglar al estado, y sin embargo a ésa nobleza nadie tenía envidia de sus inmunidades.

El patriarca, esperando que el sucesor de Anastasio IV cediera a sus observaciones, emprendió viaje a la capital del mundo cristiano. Al llegar a Roma se lamentó de que los Hospitalarios abusaran de sus privilegios. No consta lo que los Hospitalarios contestaron a estas acusaciones, pero sí se sabe que sus diputados llegaron antes a Roma que el patriarca y pudieron prevenir y disponer el ánimo del Papa en su favor. Así lo comprendió al menos el patriarca Foulcher por el frío recibimiento que le ofrecieron. Se debatió durante varios días, no obstante no hubo resolución ni juicio finalmente y los obispos que habían acompañado al patriarca regresaron a sus lugares de origen.

Nos sorprende sobremanera que no existan datos de que acusasen igualmente al Temple en esta disputa, lo que deja ver que éstos claramente no abusaban de sus privilegios.

Tras la toma de Ascalon, Noradino no cesó en sus ataques, ya fuese a las plazas fuertes o al ejército cruzado.

Noradino, con el pretexto de que el último pacto con los francos no había sido debidamente cumplido, quiso sitiar la ciudad de Paneas, llamada antes Cesarea de Filipos, a la falda del monte Líbano, en la frontera de Damasco.

El rey Balduino, al tener noticia de la campaña de Noradino, se puso inmediatamente en camino, corriendo al socorro de la plaza acompañado de los Templarios, pero Noradino, que conocía el valor del rey, no le aguardó sino que pegando fuego a la ciudad y causando todo el desorden posible, se retiró a los bosques vecinos, tomando posiciones y espionando los movimientos de Balduino. Llegó el rey y entró sin obstáculos en la ciudad. Tras reforzar la guarnición y dejar víveres, emprendió la marcha por el camino de Tiberíades. El sultán, habiendo observado que el rey había cometido la imprudencia de hacer marchar primero la infantería, y que por consiguiente estaba separado de ella, hizo salir sus tropas y embistieron contra las tropas cristianas.

El Gran Maestre del Temple, junto a sus caballeros, al ver que el resto de las tropas cristianas salía en desbandada ante el ataque, acudió junto al rey y lo salvó. Mientras favorecía la salvación del rey, el Gran Maestre fue rodeado y hecho prisionero. Fue conducido a Alepo junto con 87 templarios, entre ellos el Mariscal del Temple. Murieron en esta derrota 300 caballeros, así como cayeron en manos enemigas la mayor parte de los señores que acompañaban al rey. Esto tuvo lugar el martes 19 de julio de 1156.

Noradino, orgulloso de esta victoria, regresó a Paneas y puso sitio al castillo, pensando que el rey de Jerusalén no llegaría a tiempo antes de la rendición de la plaza. Sin embargo el castillo puso una resistencia que éste no esperaba y entre tanto Balduino, Renaldo de Chatillon y el conde de Flandes y las dos Órdenes militares fueron al socorro de la plaza, sorprendiendo a los musulmanes y obligándoles a levantar el sitio con muchas pérdidas. Treinta templarios derrotaron a 200 infieles.

Finalmente los cruzados acudieron a sitiar la plaza de Alepo. Noradino, para complacer al emperador de Constantinopla, artífice de dicho ataque, dio libertad a 6000 alemanes que tenía prisioneros de la cruzada de Conrado, y devolvió al Gran Maestre Blancaflort, a los demás templarios y a toda la nobleza que tenía presa.

El Gran Maestre, ya con los suyos, estuvo al frente de la Orden otros diez años.

El Papa Adriano IV en el año 1158 finalmente revocó los privilegios concedidos a ciertos regulares, sin embargo los Templarios fueron excluidos de este revocamiento.

En los Países Bajos, Godofredo el Joven, duque de Lorena y Bravante, siguiendo el ejemplo de su padre y de su abuelo, que habían favorecido a los Templarios, en el año 1160 les tomó bajo su protección y salvaguardia con todas sus tierras y encomiendas, declarándolos para siempre exentos de sus tributos e impuestos.

A principios de 1162, a la edad de 33 años, después de haber reinado 20, falleció el rey Balduino por veneno. La consternación y el dolor se extendieron no sólo por toda Palestina sino que también entre sus enemigos se sintió sinceramente su pérdida. Los generales de Noradino le acon-

sejaron aprovechar este momento de pesar para invadir Palestina, a lo que éste contestó: *“No permita Dios que me prevalga de la desgracia de los cristianos, después de la muerte de un héroe como era Balduino, harto merecía que se permitiese a sus súbditos entregarse tranquilamente a su justo dolor”*.

Como Balduino había muerto sin hijos, el sucesor de la corona era su hermano Amauri. El 18 de febrero de 1162 fue coronado en la iglesia del Santo Sepulcro.

Amauri era un príncipe joven de 27 años, de un carácter totalmente distinto a su hermano. Sus pocas buenas cualidades las borraban sus grandes defectos: avaro, de humor sombrío, poco afable, mucho menos prudente que Balduino.

## LA LLEGADA DE SALADINO

Tras la muerte de Blancaflort, fue elegido Fr. Felipe de Naplusa, de la antigua familia de Milly, originaria de Picardía, hijo primogénito de Guido de Milly y Estefanía, dama flamenca; fue señor de Naplusa en Siria antes llamada Sicheim, que la cedió al rey en cambio de Krac de Montreal y de S. Abrahan. Se halló en el sitio de Edesa en 1144. Antes de profesar había estado casado y tenido dos hijas. Tras la muerte de su esposa se hizo Templario y mereció por sus cualidades ser elevado a primera dignidad de la Orden, que no conservó sino por muy poco tiempo, ya que antes de la Pascua de 1171 había abdicado el maestrazgo y ocupándolo Odón de San Amando.

En el mes de septiembre de 1169 Felipe firmó como Gran Maestre del Temple junto con el del Hospital, una donación hecha por Amauri a la comuna de los pisanos orientales.

Con motivo de los violentos temblores de tierra que azotó Siria, en el año 1170 no se hizo expedición alguna en esta campaña; muchas poblaciones de ambas religiones fueron destruidas.

Durante los cuatro meses que duró esta calamidad, los combatientes se dedicaron a cuidar de los suyos y dejaron a un lado las armas. Sin embargo, al divulgarse el rumor de que Saladino sitiaba el castillo de Dauron en Idumea, Amauri salió de Ascalon a toda prisa frente a 2000 hombres de infantería, 250 caballos y algunos hospitalarios, y para aumentar su fuerza se dirigió hacia Gaza, de donde saco una parte de la guarnición que estaba a sueldo del Temple, al cual pertenecía dicha ciudad. Con este pequeño ejército el rey logró introducir refuerzos en el castillo sitiado. El enemigo, desconcertado, levantó el sitio durante la noche y considerando que Gaza contaría con poca guarnición, se dirigió a ella, que se encontraba a unas cuatro millas de Dauron, sorprendiéndola al apuntar el día. Pero desde los primeros ataques se convenció Saladino de que los Templarios se hallaban en gran número para defender aquella plaza, considerada como la llave de Palestina, pues la resistencia fue de las más heroicas. A pesar de haber logrado obtener la ciudad, la plaza resistió y Saladino se vio obligado a desistir y abandonar la ciudad, dirigiéndose a Egipto.

El Papa Alejandro III dirigió a los Templarios una bula honorífica para la Orden, en la cual comienza por felicitarles por sus logros. Dicha bula parece menos una nueva concesión que una confirmación y extensión de sus privilegios.

En 1173 tuvo lugar un acontecimiento lamentable del que más tarde se aprovecharían los enemigos del Temple para infamar a toda la Orden. Desde hacía algunos siglos se había establecido en las extremidades de Siria, entre Fenicia, Anterade y Trípoli, una secta de mahometanos, llamados Batenianos por los árabes y Asesinos por los cristianos, los cuales eran procedentes de Persia y habitaban las montañas del Líbano. Estos hombres admitían la bajada del Espíritu Santo sobre sus imanes, lo que les inspiraba una obediencia ciega hasta el punto de afrontar la muerte con una intrepidez sin ejemplo. Más de una vez un extranjero fue testigo de su fanatismo, pues a una señal de su jefe se precipitaban al agua, al fuego y a la punta de sus armas. Algunos soberanos, tanto cristianos como musulmanes, para librarse de dichos asesinos, enviaban presentes al jefe de estos

asesinos. Sólo la Orden del Temple hizo una guerra sin tregua contra ellos.

El primero de los cruzados que pereció por medio del puñal de estos asesinos fue Raimundo II, hijo del conde de Trípoli, que asesinaron al pie del altar en Tortosa en 1148.

Los Templarios que ocupaban las plazas vecinas a estos fanáticos fueron los primeros que acudieron a vengar la muerte de Raimundo. Tras entrar en territorio enemigo fue tanto el terror que infundieron al jefe de estos asesinos que éste se comprometió a pagar anualmente a la Orden del Temple 2000 besans de oro, equivalente a 20.000 libras.

Estos asesinos, cansados de una servidumbre de 24 años, pensaron que la mejor forma de librarse de ella era convertirse al cristianismo. Enviaron a un cortesano llamado Boabdelle ante el rey Amauri y éste le convenció de que sus intenciones de aprender el Evangelio eran verdaderas. Se trató al enviado con todos los honores y a su regreso le acompañó una guardia del rey hasta la frontera. Habían pasado más allá de Trípoli cuando un Templario fue a su encuentro y le hizo algún reproche, que le siguió una disputa, de las palabras pasaron a los hechos y el caballero mató al enviado.

Al enterarse el rey de dicho suceso, exigió al Gran Maestre Odon de San Amando que entregase al caballero Gaultier Dumesnil, para que fuese juzgado y condenado. Sin embargo, el Gran Maestre se negó a entregar a su caballero, ya que según la bula del Papa no obedecía a nadie salvo a la Santa Sede y ya había dispuesto un castigo para dicho caballero, que sería enviado a Roma para su juicio. Entretanto, el Gran Maestre prohibía que fuese quien fuese se apoderase de dicho caballero.

El rey, sin hacer caso de la prohibición del Gran Maestre, arrebató al Templario a la fuerza y lo encarceló en Tiro.

A consecuencia del arrebato del rey, se temió que los demás religiosos, no sólo los Templarios y los Hospitalarios se levantasen en su contra para proteger sus privilegios, pero dicho temor se evaporó tras la muerte del rey Amauri en 1173. Con la muerte de Amauri subió al trono su hijo Balduino IV.

Balduino IV nació con una grave enfermedad y puede decirse que durante su reinado fue muriendo día a día. Durante su minoría de edad, fue regente el conde de Trípoli, su más cercano pariente.

Durante el año 1175 se sucedieron diversos enfrentamientos por la sucesión al trono y los importantes avances de Saladino, como hábil político y estratega.

En 1177 Saladino, irritado por las reiteradas infracciones de los tratados de tregua salió de Egipto con 26.000 caballos y acampó entre Ascalon y Ramla. Balduino, desconcertado por la proximidad del enemigo apenas tuvo tiempo de reunir 3000 hombres de infantería y 400 caballos, a los cuales se unió el Gran Maestre del Temple y 80 caballeros. Balduino, pese a sus enfermedades continuas, no lo pensó dos veces y acudió a la batalla. Sin embargo ésta no llegó a producirse, ya que se encerraron en Ascalon para entretener al enemigo.

Saladino, minusvalorando la capacidad del rey, no sitió Ascalon, dividió a su ejército en destacamentos y procedieron a atacar las poblaciones. Los ca-

balleros del rey, viendo el momento oportuno, salieron de Ascalon por la noche y se arrojaron con furia contra el enemigo, que tuvo que huir a través del desierto devuelta a Egipto.

Balduino compartió la gloria de la victoria con el Gran Maestre del Temple y con Renaldo de Chatillon.

A pesar de los estragos que la peste y el hambre hacían en Siria en 1178, los Templarios pidieron a Balduino IV la autorización para levantar una fortaleza dentro del territorio de Saladino, un poco más allá del río Jordán, llamado el vado de Jacob, con el fin de contener las correrías de los árabes. Logrado el permiso, comenzó la obra, acampando el ejército cristiano cerca para proteger a los trabajadores.

Enterado Saladino del plan, se puso en marcha con el grueso de su ejército y tendió una emboscada a los cristianos, causándoles grandes pérdidas. El rey se salvó por milagro, el conde de Trípoli huyó a Tiro, el Gran Maestre del Hospital Joubert, cubierto de heridas y con algunos hospitalarios, cruzó a nado el río Jordán y se refugió en el castillo Belfort. En cuanto al bravo Odon de San Amado, Gran Maestre del Temple, fue hecho prisionero junto a algunos de sus caballeros.

Concluida la batalla, todos los Templarios que cayeron prisioneros fueron aserrados de medio cuerpo con una crueldad inaudita y que apenas se concibe con el carácter de Saladino. El menologio del Cister hace memoria de estos caballeros el 14 de Junio, como discípulos de san Bernardo. Solamente se perdonó la vida a algunos de los más notables, que fueron enviados a Damasco cargados de hierros, entre ellos se encontraba el Gran Maestre, que prefirió morir en cautiverio antes que admitir un canje. Saladino le ofreció la libertad a cambio de devolverle a un emir a su sobrino, prisionero de la Orden, a cuya proposición contestó así el Gran Maestre: *“A Dios no plazca que yo de a mis súbditos un ejemplo tan pernicioso pues con él les autorizaría a rendirse prisioneros con la esperanza del canje. Un templario no debe dar más por su rescate sino su cinturón o su cuchilla. Vencer o morir, esta es mi divisa, este es el espíritu de la Orden.”*

## ARNALDO DE TARROJA

Tras conocerse la muerte de San Amando en esclavitud, la Orden se reunió en capítulo general y se escogió a Arnaldo de Tarroja como nuevo Gran Maestre.

Arnaldo de Tarroja, natural de Barcelona, había ocupado los principales destinos de la Orden en Cataluña y Aragón como maestre provincial, según consta en actas de 1167, 1174 y 1175.

Parece ser que desde esta última fecha pasaría a Tierra Santa donde, tras la muerte de San Amando, pasaría a ocupar el cargo de Gran Maestre en 1180.

Tras ser elegido Gran Maestre, Arnaldo de Tarroja se presentó a los nobles para intentar reanimar la lucha contra Saladino. Sin embargo, las envidias políticas internas frenaron sus esperanzas y favoreció el avance del enemigo y sus conquistas.

Los cristianos, humillados por pérdidas continuas, lograron comprar una tregua de dos años, pese a la oposición de los dos Grandes Maestres del Temple y de los Hospitalarios. Tras firmar esta nueva tregua, ambas órdenes enviaron emisarios al papa para informarle de la situación y pedirle que enviase refuerzos lo más pronto posible.

Tras este informe, el Papa Alejandro llamó a nobles y demás cargos eclesiásticos y les incitó a marchar a Palestina, tal y como había ocurrido tantas otras veces en el pasado, ya que el peligro de que el enemigo musulmán la tomase había aumentado con creces.

En 1181 murieron tres de los más grandes defensores de la Orden del Temple, a saber, el papa Alejandro III, el emperador Manuel Comneno y Luís VII llamado el Joven. A este sucedió Felipe Augusto, al emperador su hijo Alejos II y al papa Alejandro Lucio III, el cual tras recibir el cargo de papa confirmó todos los privilegios de la Orden del Temple.

El reino de Jerusalén se iba debilitando por momentos, por las intrigas políticas internas y por su mala conducta para con los infieles.

En 1182, como continuaba enfermo el rey –era leproso- y no tenía esposa ni hijos, decidió casar a su hermana la princesa Sibila, viuda del marqués de Monferrato, con Guido de Lusiñan de la casa de la Marche. Balduino le nombró regente del reino, pero pronto comenzó a recibir quejas de los demás nobles por el gobierno de Lusiñan.

Renaldo de Chatillon, que era un aventurero y un soldado de fortuna, era señor de Krac, una plaza fuerte en lo alto de una montaña a la entrada de la Arabia Petrea y con la ayuda de los Templarios se había fortificado en aquel lugar, desde donde hacía sus correrías. Los mahometanos le temían como a un enemigo terrible, porque les sorprendía las caravanas que se dirigían a la Meca, cargando de hierros a los prisioneros después de haberles arrebatado

cuanto llevaban. Chatillon había proyectado hacer una expedición a Medina para arruinar el sepulcro de Mahoma, y lo hubiera llevado a cabo de no haberlo descubierto el gobernador que Saladino tenía en Arabia.

Durante la tregua, Chatillon arrebató a los musulmanes algunos rebaños y los condujo a las tierras de Krac. Los musulmanes reclamaron la restitución de los rebaños pero los emisarios no fueron escuchados. Saladino, obtenido el motivo para volver al combate, mandó poner hierros y cadenas a 1500 mercaderes y peregrinos cristianos cerca de Damietta, confiscando sus pertenencias, envió un embajador a Balduino para satisfacer todos sus agravios y restituir lo robado por Chatillon, advirtiéndole que de no ser así, trataría a los cristianos como a animales y declarararía nuevamente la guerra.

Balduino prefirió confesar su debilidad a paliar una injusticia, y contestó que había intentado castigar a su vasallo rebelde pero no había obtenido resultados. Saladino entonces se puso en campaña.

Penetró por dos puntos en el territorio cristiano. Al tener noticia de su avance, los barones y sus vasallos se pusieron en armas y las dos Órdenes reunieron a todos los caballeros posibles formando entre ambas unos 16000 hombres. El rey Balduino, que a causa de la lepra había quedado ciego e imposibilitado de pies y manos, confió el mando de su ejército a su cuñado, conde de Jafa y Ascalon.

Saladino avanzó hasta el territorio de Faba, castillo perteneciente a los Templarios, donde aguardó a los cristianos. Tras la batalla, los cristianos hacer retroceder al enemigo pero no les persiguieron.

El objetivo principal de Saladino, no obstante, era acabar con Chatillon, así que mandó a Nour-Eddin a la fortaleza de Krac, pero la invencible firmeza y valor extremo de los Templarios, y el socorro que recibió la plaza, hicieron inútiles los esfuerzos del musulmán que finalmente levantó el sitio y regresó a Damasco. Todo esto sucedió en el año 1183.

Desde que Balduino IV, incapacitado por su enfermedad, delegase sus funciones en Lusignan, no habían cesado las quejas contra su gobierno. Hastiado, el rey destituyó a Lusignan y le quitó el condado de Jafa, y confió su reino a Raimundo conde de Trípoli. Lusignan, colérico, tomó las armas y se encerró en Ascalon. Alarmados, los dos Grandes Maestres, intentaron hablar con el rey para establecer una tregua, pero éste no quiso escucharlos, aunque finalmente recapacitó y mandó llamar a Lusignan, restableciendo la armonía mediante algunas condiciones. El conde de Trípoli, elegido regente del reino, aceptó que los Templarios y Hospitalarios se encargasen de defender todas las plazas fuertes y que a nadie se confiaría la tutela del joven Balduino sino a su persona. Este Balduino era un niño de cinco años, hijo de Sibila y del marqués de Monferrato, a quien su tío destinaba el sucederle, y que fue coronado para quitar toda esperanza a Lusignan de ser un día rey.

El nuevo regente, ante el hambre y la sequía, propuso al Consejo enviar una embajada a Saladino ofreciéndole una suspensión de armas. El sultán accedió a ella y se firmó por cuatro años.

El Gran Maestre del Temple sucumbió en Verona por una grave enfermedad que había contraído en su viaje, falleciendo días después, a últimos del año 1184.

Cuando los caballeros Templarios supieron la muerte de su Gran Maestre, convocaron capítulo general para elegir a un nuevo dirigente y la suerte recayó en Fr. Terric ó Thierry, del cual la Historia no ha consignado ni país ni familia a la que pertenecía.

En el año 1186, el rey Balduino falleció y llevaron a su sobrino y sucesor a San Juan de Acre. Al cabo de siete meses lo encontraron muerto sin saberse cómo o de qué enfermedad, sospechándose que había sido envenenado. A consecuencia de esto, la sucesora al trono fue la madre del príncipe, Sibila. Los Templarios se llevaron el cuerpo del príncipe para inhumarlo en la iglesia del Temple, donde estaba enterrado su padre. Tras la ceremonia, Sibila hizo llamar al patriarca Heraclio y a los dos Grandes Maestres para consultarles el conflicto en el que se hallaba y tomar las medidas necesarias para inutilizar la oposición que temía que se le hiciese para su coronación, ya que estaba al tanto de que Raimundo había reunido a un grupo de partidarios para arrebatarse el trono.

Le aseguraron que sería Sibila la reina y adelantaron la coronación, invitando a Raimundo y a sus oponentes. Éste dijo que acudiría si anulaba su matrimonio con Lusiñan y escogía otro rey. Sibila, que era una condesa muy inteligente, accedió a que su matrimonio fuese anulado y todos acudieron a su coronación, esperando que el elegido para ser su esposo fuese Raimundo.

Sin embargo, cuando Sibila fue coronada y hubo de elegir esposo entre los presentes, dijo: *“Señor, yo no conozco persona más digna que vos para ceñir esta diadema; es en vano que los hombres hayan intentado separar lo que Dios había unido”*, y colocó la corona en la cabeza de Lusiñan.

El rey y la reina pasaron a la Casa del Temple, según una antigua costumbre, que estaba obligada a servirles la comida. El conde Raimundo vio en ello una injusticia y una felonía, y echó la culpa a los Templarios del engaño de la reina, jurando que acabaría con la Orden y con Lusiñan. Para ello, concertó una alianza con los infieles.

Así fue como los hijos de Saladino entraron a fuego y sangre en Galilea. Los dos Grandes Maestres, reconociendo la ruptura de la tregua, se pusieron a la cabeza de 130 caballeros y de 400 soldados y sirvientes de armas. Antes de marchar contra el enemigo, Terric gritó a los Templarios: *“Queridos amigos, azote del musulmán, siempre intrépidos, vosotros que no habéis sabido jamás retroceder ni temblar a la vista de estos impíos, este es el momento de recordar vuestro antiguo valor y de reanimar vuestro coraje; este es el combate del Señor, y vosotros ocupáis el lugar de los ilustres Macabeos; se trata de imitar su bravura y defender y defender lo que os es más querido. Por la fe, por la Iglesia y por el honor de los Santos Lugares, sostenidos por la fuerza de un brazo todopoderoso, nuestros antepasados no contaron jamás el número de enemigos. Yo que confío más en el ardor de vuestro celo que en estas frágiles armas, lo espero todo de vuestros esfuerzos y de vuestra magnanimidad.”* Y con voz unánime los Templarios respondieron: *“Vencer o morir por aquel que nos ha redimido. Marchemos, ¿qué es lo que esperamos? La victoria es segura, tanto en la vida como en la muerte”*.

Poseídos por el ardor que inspira la presencia y ejemplo del jefe, se enfrentaron al enemigo sin atender a la superioridad de su número, y le atacaron con tal fuerza que no pudo resistir, introdujeron en él tal desorden que se desbandó, perdiendo a mucha gente. Tras la sorpresa inicial, el enemigo los cercó, los sirvientes y soldados fueron acuchillados y pisoteados por los caballos; el cuerpo de los caballeros luchó con valor y fue necesaria la fuerza total del enemigo, 7000 hombres, para vencerle. El Gran Maestre de los Hospitalarios, Fr. Roger Desmolins, cayó muerto de una lanzada que le atravesó de parte a parte; el de los Templarios, casi aplastado por los golpes de maza, pudo escapar con algunos de los suyos abriéndose paso a través del enemigo. Quedaron solo dos hombres vivos en el campo de batalla, el uno era un Templario y el otro un Hospitalario. El primero era un portaestandarte llamado

Jaquelin de Mailly.

Esta derrota tuvo lugar el 1º de mayo de 1187.

Saladino, que buscaba acabar con Chatillon y con el Conde de Trípoli, finalmente obtuvo su venganza. Los cristianos acudieron a combatir nuevamente a Saladino pero la suerte, la estrategia y el número dieron la victoria a Saladino, que cogió prisioneros a los dos Grandes Maestres, entre otras figuras importantes como el propio Lusignan.

Saladino, queriendo acabar con las dos Órdenes, les dio a elegir: o la muerte o el mahometismo. Ninguno cedió y el primero en morir fue un Templario que se presentó voluntario, seguido por sus hermanos, siendo todos degollados.

Finalmente llegó a Jerusalén y la sitió, pero en la ciudad apenas quedaba un número reducido de soldados, y solo hicieron frente al enemigo éstos y el pueblo: ancianos, mujeres, niños. Un valiente llamado Balizan los dirigía. Tras muchos días, y viendo que la muerte era inevitable, Balizan acudió a hablar con Saladino para pactar la rendición de la ciudad. Saladino, accedió a dejarles marchar.

Saladino, sentado en el trono, vio partir ante sí a un pueblo afligido. Al pasar la reina Sibila, el sultán respetó su dolor y le dirigió palabras de consuelo. Un número considerable de mujeres seguía a la reina, al pasar ante Saladino le suplicaron que les devolviese a sus esposos, prisioneros y el sultán accedió a sus ruegos.

Varios cristianos abandonaron sus muebles y posesiones para intentar llevar consigo a enfermos y heridos. Este espectáculo conmovió a Saladino, que permitió a los Hospitalarios permanecer en la ciudad para cuidar a los peregrinos y a los enfermos.

El 2 de octubre entró Saladino triunfante en Jerusalén, 88 años después de que Godofredo de Bullon la hubiese tomado. Aun quedaban 14000 cautivos pero Saladino concedió la libertad a más de la mitad. Los Templarios acompañaron al pueblo hasta lugar seguro.

## **XI- GERARDO DE RIDERFORT**

A consecuencia de la abdicación del maestrazgo hecha por Terric, el capítulo general de la Orden se reunió para elegir un nuevo Gran Maestre, ésta vez fue escogido Fray Gerardo de Riderfort, persona muy distinguida por su desempeño en otros cargos, como el de mayordomo de la real casa de Lusiñan. Según las crónicas de la época, lo más probable es que Riderfort perteneciese a la noble familia de Ruddervoorde, cuyo antiguo castillo de Ridefort se hallaba situado cerca de Brujas.

Se asegura que a dicha elección del capítulo general asistieron más de 300 caballeros y otros tantos sirvientes, la mayor parte franceses.

Fueron malos tiempos para este nuevo Gran Maestre que hubo de enfrentarse con todas las calamidades que asolaban Palestina en aquellos años.

Saladino, que puede llamársele el gran capitán del siglo, tenía en jaque a todas las fuerzas cristianas; así, la campaña de 1188 no fue menos fatal para los cruzados que lo había sido la anterior. Solamente quedaban para los cristianos las plazas de Antioquia, Tiro y Trípoli.

Clemente III ocupaba ahora el cargo de papa y sería él quien ordenase la Tercera Cruzada.

El rey de Inglaterra Enrique II y el rey de Francia Felipe Augusto se unieron a la Cruzada, mas como la expedición necesitaba urgentemente de dinero para ser financiada, crearon el “diezmo Saladino” que consistía en que todo aquel no se marchase a combatir debería pagar la décima parte de sus rentas y el valor de sus muebles. Para el cobro de este diezmo se escogieron a dos colectores, un Templario y un Hospitalario.

Durante este tiempo murió Enrique II y fue su hijo Ricardo Corazón de León quien finalizó los preparativos para la Cruzada, puso en pie de guerra a 30.000 infantes y 5000 caballos.

Italia también presentó su contingente formado por venecianos y pisanos, los cuales reunidos por Geofredo de Lusiñan, hermano de Guido de Lusiñan, rey de Jerusalén, fueron los primeros en embarcar.

En 1189 Saladino atacó la plaza de Paneades y la sitió. Acudieron en ayuda de los cristianos dos cruzadas que desembarcaron en Tiro, compuesta una por 12000 hombres mandados por nobles alemanes y la otra del Norte, compuesta por daneses, frisonos y flamencos, llegando unos días después el resto de tropas.

Un gran número de catalanes, alemanes, frisonos italianos quisieron combatir bajo las órdenes de los Templarios y siguieron su estandarte el Bausan ó Balza.

Saladino, al ver el movimiento de los cristianos, salió a combatirles con 100.000 hombres. Sin la resistencia del Gran Maestre del Temple que contuvo por más de una hora la impetuosidad de los musulmanes, éstos hubieran hecho a los cristianos una carnicería, pero el valor de estos caballeros dio tiempo

suficiente para que llegasen más refuerzos. Esta firmeza de los Templarios fue funesta puesto que gran número de ellos quedaron en el campo de batalla, entre ellos el Senescal y el Gran Maestre.

Se cree que tras la muerte del Gran Maestre en la batalla, tomó el mando un caballero llamado Fr. Gualtero, que había sido elogiado en una carta del Gran Maestre al rey de Francia. Mientras, la peste que desolaba el campo cristiano, arrebató en pocos días a cuatro príncipes y a dos princesas, todos hijos de Guido de Lusignan y Conrado príncipe de Tiro.

En ese tiempo, de los caballeros alemanes que habían luchado bajo las órdenes del Temple surgiría la primera rama e la Orden, los Teutónicos. Como hija del Temple, adoptó el hábito blanco y pretendieron llevar también la cruz roja, motivo de muchas discusiones, hasta que finalmente les mandaron llevar la cruz negra sobre su escudo, capas y estandarte con fondo blanco. Enrique Wallpot fue su primer Gran Maestre y tomó posesión del hospital del Monte de Sión como principal punto de su fundación.

Cuando en 1291 aconteció la pérdida de Acre o Tolemaida, la orden Teutónica abandonó totalmente Oriente y se estableció en Prusia, donde hizo grandes progresos. Dicha orden se llamó de los caballeros de la casa de Santa María de Jerusalén.

Ricardo vendió Chipre a los Templarios por la suma de 25000 marcos de plata y éstos tomaron posesión de la isla, teniendo en ella un cuerpo respetable de tropas a sueldo. Sin embargo, al poco tiempo la devolvieron, ya que había continuas revueltas por parte de los griegos y su antipatía a los latinos. La situación llegó al extremo de que los isleños intentaron sitiar el castillo de los Templarios, esperando que el hambre hiciese mella en ellos; sin embargo, los caballeros prefirieron morir con la espada en la mano y salieron del castillo en buen orden, consiguiendo la victoria sobre los isleños.

Duraba ya más de dos años el sitio a Acre o Tolemaida. El rey de Inglaterra llegó a la ciudad el 8 de junio de 1191. Con su llegada el ejército aumentó a 300.000 hombres. Finalmente, la rendición de Tolemaida parece que fue la señal de la partida de los cruzados. Felipe se retiró a Francia, aunque dejó tropas en Palestina, y el rey de Inglaterra continuó su cruzada.

Ricardo propuso a Saladino que Juana, viuda de Guillermo de Sicilia, se casara con Malek-Adel, hermano del sultán y que ambos esposos reinasen sobre musulmanes y cristianos, gobernando Jerusalén. Si bien es verdad que este proyecto de enlace sorprendió a los doctores del Islam, el sultán no lo rechazó, pero se frustraron todos los proyectos ante la oposición de los obispos cristianos.

Ricardo fue acusado de traidor y para recuperar la confianza de los suyos hizo decapitar a todos sus prisioneros y anunció que combatiría para liberar Jerusalén. Tras los primeros combates, cansados ya tanto Ricardo como Saladino, acordaron una tregua de 3 años y 8 meses. Éste fue el término de la Tercera Cruzada.

## XII- MÁS PROBLEMAS Y LA SEPTIMA CRUZADA

Durante los anteriores acontecimientos, se escogió a Fr. Pedro de Montagunt como Gran Maestre, mas no se supo más de él, si murió o abdicó al cargo. Solo se sabe que en 1229 la Orden tenía por Maestre a Fr. Armando de Peiragrós, caballero perteneciente a una antigua casa de Lengüadoch. Este Maestre procuró la armonía y la buena inteligencia que había visto conservar entre el Temple y el Hospital.

Años después, tras la muerte del Gran Maestre Peiragrós, se escogió a un ausente, Fr. Herman de Perigord, Preceptor de Calabria y Sicilia.

En este tiempo, las fuerzas de los cruzados estaban considerablemente disminuidas, al igual que las del Hospital y las del Temple, lo que obligó a las Órdenes a reclamar de Europa no solo nuevos caballeros sino nuevos novicios o reclutas siendo la razón de admitir como profesos a los que pedían la capa y la cruz del Temple u Hospitalario sin observar la regla que pedía un año de noviciado; las exigencias de Tierra Santa hicieron incumplir a las Órdenes esta norma.

Por esta desesperada situación, Perigord, nada más ser investido con el maestrazgo, partió a combatir a los infieles, que estaban sitiando un castillo cristiano. El Gran Maestre reunió a sus hombres y los combatió hasta lograr que levantasen el sitio. Cegados por el triunfo, los persiguieron hasta cruzar la frontera, lugar donde los musulmanes dieron media vuelta y plantaron cara junto a los refuerzos que acudieron en su ayuda. Pese al valor de los Templarios, y cumpliendo su norma de no retroceder jamás, los musulmanes los vencieron completamente. El enemigo perdió 3000 hombres, el Gran Maestre y 8 caballeros lograron escapar; 100 caballeros y 300 ballesteros a sueldo de la Orden y muchos otros cruzados cayeron prisioneros y fueron conducidos a Alepo, sin contar los que quedaron muertos en el campo de batalla.

1238. A pesar de las apremiantes necesidades en que se hallaba Tierra Santa, dos cosas contribuyeron al retardo de la cruzada: las victorias de las tropas imperiales en el estado eclesiástico y las revueltas en Romanía. Balduino II se encontraba en Europa pidiendo dinero para poder combatir a los griegos y búlgaros. Obtuvo del rey de Inglaterra 500 libras y Francia 50000 libras parisienses, por cuya suma Balduino hipotecó su condado de Namur, confiando su administración a los Templarios en nombre del rey de Francia hasta la devolución de la suma prestada.

El papa permitió que una parte de los cruzados que iban a partir a Palestina fuesen hasta Constantinopla. En 1239 los cruzados que siguieron las órdenes de los Grandes Maestres, llegaron a Palestina, aunque en menor número del esperado, y comenzaron a cometer pillajes y robos en contra del mandato del Temple. Estos cruzados, sabiendo que un grupo de 1500 musulmanes estaban acampados cerca de Gaza, acudieron a desalojarles por la fuerza. El enemigo, colocado a gran altura, esperó el avance de los cruzados y los acometió con bravura. Desorientados, los cruzados intentaron huir, pero fue en vano y los que no murieron aquel día fueron conducidos a El Cairo como esclavos.

En 1240 esta derrota esparció el terror entre los cruzados y el rey de Navarra anunció su retirada a casa. Sin embargo en ese momento llegó Ricardo nuevamente a Palestina y creó una tregua con el sultán de Egipto.

Los Templarios decidieron fortificar el castillo de Saphet, una ciudad que domina el lago Tiberiades.

En 1241 la situación de los cristianos en Romanía no podía ser más deplorable. Tras una cruenta batalla, la reina y sus hijos, junto con el tesoro real, marcharon a Chia en busca de la protección de los Templarios.

En 1243 el Gran Maestre Perigord envió una carta al Preceptor de Inglaterra anunciando la ruptura de la tregua con el sultán de Egipto tras la retención de los embajadores templarios durante seis meses en El Cairo.

Finalmente, con la desastrosa batalla de Gaza, los dos Grandes Maestres del Temple y del Hospital desaparecieron con sus escuadrones, dándoseles por muertos. Las dos Órdenes se hallaban poco menos que destruidas y el pueblo Palestino indefenso.

Al no tener Gran Maestre, sin saber con seguridad si había muerto o caído prisionero, se eligió a otro caballero para comandar la Orden, éste fue Fr. Guillermo de Roquefort. Éste, en unión con los Hospitalarios, fue en auxilio del príncipe de Antioquia que estaba siendo atacado por los Turcomanos. Tras una batalla sangrienta el Gran Maestre de los Hospitalarios murió.

## **LA SEPTIMA CRUZADA**

El papa Inocencio IV creó una Bula señalando el 28 de junio de 1245 como fecha para un Concilio donde asistirían los más importantes dirigentes de Europa. Este Concilio se tuvo en tres sesiones, la primera el 28 de junio, la segunda el 5 de julio y la última el 17 del mismo mes.

Allí, el papa les anunció las malas nuevas de Tierra Santa. Explicó cómo los Corasminos entraron en la Ciudad Santa de Jerusalén, donde niños, mujeres y ancianos se refugiaron en la iglesia del Santo Sepulcro y fueron asesinados dentro de ese mismo lugar cortando además la cabeza de los sacerdotes. Las iglesias del Monte de Sión, del Temple y valle de Josafat tampoco fueron respetados. Las Órdenes militares y los señores del país, con el apoyo de los príncipes aliados, marcharon al encuentro de los bárbaros encontrándolos en Gaza.

De las Órdenes militares no se salvaron más que 33 Templarios, 26 Hospitalarios y 3 Teutónicos, quedando la mayor parte de la nobleza del país perecida en la batalla o prisionera.

En la tercera sesión se acordó una nueva Cruzada y pronto comenzaron a pedirse hombres, armas y dinero para regresar a Tierra Santa.

1246. Los Templarios y los Hospitalarios sentían en el alma que muchos de sus hermanos y superiores estaban cargados de cadenas en el Cairo, y tratando de sacarles de su esclavitud el nuevo Gran Maestre del Hospital Fr. Pedro Villabride y el Maestro Interino del Temple acordaron enviar al sultán Malec Ayub algunos de sus caballeros, los más entendidos y capaces para gestionar este asunto. Con un conducto para atravesar Egipto, partieron dos caballeros, uno de cada orden. Si bien es cierto que antes se hacía la práctica de considerar muertos a los prisioneros, para obligar a todos a vencer o a morir, en la triste situación en la que se hallaban ambas órdenes, juzgaron relajar esta norma con el fin de lograr un refuerzo con los prisioneros.

La respuesta del sultán fue, sin embargo, negativa. Les aconsejaron que acudiesen al Emperador, ya que era gran amigo del sultán, y quizá éste pudiese ayudarles. Mas, como el Emperador estaba en guerra con la Iglesia, juzgaron prudente no relacionarse con él, por más señas, excomulgado, así que regresaron cabizbajos, sin haber recuperado a los prisioneros.

1247. Repuesta un poco la Orden del Temple con la llegada de nuevos Comendadores y Caballeros venidos de Europa, el capítulo general eligió un nuevo Gran Maestre, sustituyendo al interino, y se eligió a Guillermo de Sonnac, caballero encanecido y lleno de méritos.

Al llegar el rey de Francia con la Cruzada, recibió dos cartas del Gran Maestre durante su permanencia en Chipre, para advertirle que el sultán de El Cairo se aproximaba a Gaza al frente de un ejército sarraceno con el objeto de unirse al sultán de Damasco y Alepo; en segundo lugar le comentaba que un emir de Malac Ayub le había ido a encontrar para sondear las disposiciones del rey de Francia y asegurar que deseaban vivir en paz con él.

El rey declaró la guerra al sultán de Egipto y desembarcó junto a sus tropas y su esposa en Damietta, donde le aguardaban los dos Grandes Maestres.

Al rey de Francia al principio de su campaña todo le sonreía y hacía presagiar favorables éxitos. A finales de Octubre se tuvo un consejo de guerra para deliberar qué campaña debía seguirse, si atacar Alejandría o El Cairo. El 20 de noviembre de 1249 el rey se puso en marcha hacia El Cairo.

Los ataques violentos se repetían a menudo y no dejaban de causar bajas. Unos días después se presentaron al rey 500 egipcios de caballería desertores de su mando que aseguraron ponerse de parte de los cristianos. El rey confió en su palabra y permitió que marchasen como cuerpo de vanguardia junto a los Templarios, por conocer bien el país. El objeto de éstos era entorpecer la marcha y guiarles por sitios equivocados, y los Templarios, por prudencia, prefirieron ignorar sus consejos. Finalmente, derribaron a un jefe Templario del caballo, con un golpe de mazo, el cual cayó a los pies del Mariscal de la Orden, quien gritó: “¿Cómo, caballeros, sufrimos este insulto?” y a su señal todos los Templarios cargaron contra los egipcios, que envueltos por todas partes fueron pasados a cuchillo y quienes se salvaron se arrojaron al Thanis, brazo del Nilo.

Al llegar a su objetivo el ejército, éste se dividió, parte marchó junto al rey, que intentaba encontrar una ruta segura para atacar, y la otra parte se quedó junto al de Artois. Tras una victoriosa batalla librada por los Templarios y el conde de Artois, se celebró un rápido consejo para decidir si perseguían o no al enemigo. El Gran Maestre del Temple se negó, ya que según su criterio era mejor esperar al rey y dejar descansar a los animales. Sin embargo, el conde desoyó su consejo con duras palabras, a lo que el Gran Maestre repuso “*Desplegad, desplegad vuestra bandera, es necesario que las armas y la muerte decidan hoy de nuestra suerte y de nuestro honor: seríamos invencibles, si estuviéramos unidos, pero el espíritu de división va a causar la pérdida de unos y de otros*”.

Finalmente el ataque se produjo, unos siguieron al conde por estar de acuerdo con él y otros por no pasar por cobardes. El enemigo había huido a la ciudad, y cuando el ejército cristiano se introdujo en ella para darles caza, no se encontró al enemigo solo: toda la ciudad estaba con ellos. El resultado de la batalla fue catastrófico para los cristianos. El conde de Artois pereció en esta jornada, el Gran Maestre del Hospital cayó prisionero y el del Temple perdió un ojo.

El rey, advertido de que la lucha continuaría ese mismo día por la tarde, reunió a sus fuerzas y el Gran Maestre se unió a ellas nuevamente. Se le confió las máquinas tomadas al enemigo y éste fue el primer atacado. Allí, el Gran Maestre, el respetado anciano que había luchado valientemente, perdió la vida.

Tras las derrotas del rey se llegó a un nuevo tratado y una nueva tregua de 10 años, acordando la liberación de prisioneros.

## XIII-SIGUIENTES AÑOS

1250. Tras un nuevo capítulo general se eligió como nuevo Gran Maestre a Renaldo de Vichiers, antes mariscal de la Orden. Su gobierno duraría seis años.

1251. En este año llegó la noticia a los Templarios de la muerte del Emperador Federico II en cuyo testamento decía *“Nos ordenamos que todos los bienes de la milicia del Temple, de que estamos en posesión, les sean restituidos, sobre todo aquellos que les pertenecen de pleno derecho (...)”*, sin embargo poco caso se hizo de aquella disposición.

Resuelto a hacer una nueva tentativa de batalla, el rey propuso atacar Naplouse, pero los Templarios, aun de acuerdo, le exigieron que ellos lo harían pero que Su Majestad debía quedarse aparte para evitar que sufriera daños. El rey finalmente anuló la tentativa.

Al poco tiempo propuso emprender el sitio de Belinas, a lo que los Templarios, accedieron a cambio de que él no estuviese en el campamento. Finalmente, el rey accedió. Tras un acto heroico la ciudad de Belinas cayó en poder los Templarios. El rey, queriendo recompensar su valor, les donó como limosna el castillo y castellanía de Bazées (Aquitania).

1254 murió Inocencio III que gobernó 10 años. El siguiente papa, Alejandro IV fue uno de los soberanos pontífices que manifestó mayor afecto a los Templarios.

En 1256, tras la muerte de Renaldo de Vichiers, el capítulo general se reunió de nuevo para elegir como Gran Maestre a Fr. Tomás Berault. A este Gran Maestre se le atribuyeron los inicios de las falsas acusaciones que hicieron contra el Temple en 1307.

En 1257 se celebró en Lérida (Cataluña) las Cortes Generales de los Estados de Aragón y Cataluña, a las que asistieron algunos caballeros Templarios, entre ellos Fr. Guillen de Cardona, Maestre de Aragón, y Fr. Hugo de Jolis Preceptor de Cataluña. En este año el papa concede a la Orden Teutónica todas las libertades e inmunidades que ya tenían las órdenes del Temple y del Hospital.

En este año los tártaros combatieron a los musulmanes y los derrotaron en diferentes plazas. Los tártaros enviaron mensaje a las dos órdenes para intentar entablar un acuerdo y que éstas les respondieron que estarían esperándolos armados y listos para la batalla.

En 1258 tuvo lugar la ruptura entre los venecianos y genoveses con motivo del uso común que tenían de la iglesia y Monasterio de S. Sabas. En vano los dos Grandes Maestres intentaron apaciguar los ánimos, ya que finalmente los genoveses arrojaron a los venecianos de la ciudad y se refugiaron en Tiro. Se declaró así la guerra y los venecianos apoyados por los pisanos volvieron a la carga, convirtiéndose en mortales enemigos.

En este año tuvieron otro enfrentamiento los Templarios. En Auxerre ellos colocaron una campana en su oratorio de Monetar con el fin de llamar al pueblo a sus funciones, y uno de sus capellanes dio la bendición nupcial en un caso prohibido. El obispo Guido de Mellot les ordenó quitar la campana y declaró el matrimonio no válido. Los Templarios rehusaron someterse, el Ordinario les citó delante del Cardenal Legado, quien les obligó a quitar la campana y rehabilitar el matrimonio.

1259. En este año los Templarios fueron escogidos como depositarios de las sumas estipuladas y admitidos como garantía y caución entre los tratados de Francia e Inglaterra.

En 1264 ocupaba el cargo de papa Urbano IV. Este papa queriendo favorecer a Carlos de Anjou, hermano de san Luís, le cedió el diezmo sobre la Provenza, autorizándole a pedirlo incluso a las dos órdenes, habiendo sido éstas excluidas de dicho pago.

De igual forma, el papa ordenó a los Templarios que nombrasen Preceptor de Francia a Amaubri de Rup. Antes de Urbano IV ningún papa se había mezclado en el gobierno de los Templarios y mucho menos en destituir a sus altas dignidades. Indispuesto este papa contra Fr. Esteban de Sissi, que de Preceptor pasó a Mariscal, le privó de su dignidad sin argumentos ni excusas. Esteban de Sissi protestó esta injusticia ante el papado y esto le valió la excomuni6n.

Esta injusticia motivó que todos los caballeros del Temple, descontentos ya con la Santa Sede por no ayudarles en Tierra Santa, tomasen partido por el Mariscal. Originaron al papa diversas mortificaciones que ignoramos ya que no se habla de ello en ningún documento de la 6poca.

Habiendo muerto Urbano IV, en estas circunstancias, Clemente IV levantó la excomuni6n de Esteban de Sissi, pero no lo hizo hasta haberse asegurado de la sumisi6n de los caballeros mediante una carta pidiéndoles algo de humildad y consideraci6n hacia la Santa Sede, ya que *“¿No sabéis vosotros que si la Santa Sede cesara un momento de protegeros contra los obispos y príncipes, no podríais jamás resistir contra sus esfuerzos?”*.

En 1267 Antioquia cayó en manos de los musulmanes.

En 1268 murió Clemente IV, que gobernó cuatro años.

En 1270 el rey de Francia se embarcó nuevamente en otra Cruzada pero en el camino el rey y sus tropas cristianas enfermaron de disentería y éste falleció el 25 de agosto del mismo año, dejando en el trono a su hijo Felipe el Audaz.

En este nuevo ejército había numerosos Templarios franceses, italianos y sicilianos, que sobresalieron indistintamente en todos los combates contra el sultán de Túnez.

Como el objeto principal de los recién llegados no era otro que alejar de las cercanías de Tolemaida a los musulmanes, se deliberó con los Grandes Maestres la mejor forma de actuar. Finalmente se mandó una comisi6n a los tártaros para que acudiesen en gran número y que así el sultán de Egipto no pudiese derrotarlos. Los bárbaros así lo hicieron y fueron pasando a cuchillo a todos los habitantes de cuanta plaza iban aniquilando.

Esto les dio tiempo de respirar y reagruparse a las tres órdenes, que uniendo sus fuerzas con las del rey de Chipre y Eduardo de Inglaterra formó un ejército de 7000 hombres, marcharon para tomar un castillo estratégicamente situado. En el camino batallaron contra los sarracenos, que, habiendo los tártaros, abandonado su ofensiva y regresado a su hogar, habían vuelto en mayor número y violencia. Los cristianos intentaron pedir una nueva tregua de diez años al sultán Bendocdar y éste, burlándose de su debilidad, dijo que les concedería una tregua por dos años, pero que ésta comprendía las tierras cercanas a Tolemaida y el camino que conducía a Nazaret; además, que Varin y la antigua Hemesa, que en parte pertenecía al Temple, y algunas otras plazas, le serían entregadas.

Tales fueron las consecuencias de la última Cruzada, dejando aún más desamparada la Tierra Santa.

Desde el momento en que Gregorio X ocupó el papado, manifestó gran celo por la iglesia universal y un apoyo incondicional hacia Tierra Santa, de modo que envió 12 galeras armadas en su auxilio. El papa envió una misiva a los Preceptores del Temple en Francia en que les decía que, si para recaudar fondos para la lucha “es necesario que empeñéis al rey Felipe, todas vuestras casas y posesiones por valor de 25000 marcos de plata, que Nos le pedimos, a fin de poner inmediatamente las tropas en marcha, este empeño no debe inquietaros por cuanto la Santa Sede se obliga a reembolsaros el dinero adelantado”. Los Templarios se prestaron gustosamente a lo pedido por el papa y el rey de Francia adelantó los 25000 marcos; poco antes los Templarios habían prestado al rey de Inglaterra más de 30000 libras.

En este año de 1272, Gregorio X, en reconocimiento al Temple por sus servicios y actos de generosidad, con Bula de 31 de mayo, confirmó no solamente todas sus exenciones, gracias e inmunidades con las cuales sus predecesores habían honrado a los Templarios, sino también confirmó todas las tierras y posesiones que les habían dado los reyes, príncipes y demás fieles.

A últimos de 1273 murió el Gran Maestre Fr. Tomás Berault, tras 16 años de maestrazgo. El 13 de mayo de 1274, reunido el capítulo general, se nombró a Fr. Guillermo de Belljoch, caballero de una antiquísima familia de Borgoña.

El Gran Maestre llegó a Tolemaida el 30 de septiembre de 1275, tal y como asegura Hugo Plagon, continuador de la Historia de Guillermo de Tiro, el más exacto de los escritores.

A pesar del celo que mostró el Concilio de Lyon para aliviar a los orientales, no pudieron impedir que Bendocdar entrase en Armenia pasándolo todo a sangre y fuego. Se dice que pasó al filo de la espada a más de 20.000 hombres, llevándose cautivos a 10.000 jóvenes de ambos sexos y con un botín de 300.000 entre caballos y ganado.

Los caballeros de las órdenes, siguiendo a Hugo de Lusignan, rey de Chipre, se vieron obligados a atrincherarse en las montañas, y los comerciantes y otros ciudadanos que se habían embarcado para huir del peligro, cayeron en manos de los piratas. Ésta era la situación cuando llegó el Gran Maestre del Temple.

1276. Los problemas, sin embargo, continuaban. En Siria estaban divididos en dos facciones, envueltos en una guerra civil originada por la muerte de Boemundo, soberano de Antioquia y conde de Trípoli. Bartolomé, obispo de Tortosa (Palestina), se había apoderado del gobierno y tutela del joven príncipe sucesor, y animó de tal manera a la nobleza contra los romanos y el obispo de Trípoli, que éste se vio obligado a huir y refugiarse junto a los

Templarios. Ésta fue la causa de las querellas entre el Gran Maestre Belljoch y el joven Boemundo, Príncipe de Antioquia.

Por otra parte, el rey de Chipre, observando que los Templarios no sentían la misma adhesión hacia él que antes, decidió, con el fin de molestar a la orden, abandonar Tolemaida sin dejar a nadie que administrase justicia en su nombre. Los habitantes de Tolemaida, los más distinguidos Prelados, Hospitalarios, Teutónicos, Pisanos y Genoveses le invitaron a regresar pero éste no escuchó a nadie. Los Templarios fueron invitados a la diputación que se creó para hacer regresar al rey, pero éstos respondieron así: *“Si el rey quiere volver, sea en hora buena, y si no quiere venir, muy bien se pasará sin él.”* Esta indiferencia causó malestar entre los partidarios del rey y fue causa de que sembrasen la división entre las dos Órdenes, excitando a los familiares de unos contra los otros, y les enfrentaron hasta tal punto que en una revuelta, se derramó sangre y fueron muertos tres dominicos del Temple.

El Gran Maestre, mostrando gran prudencia y creyendo no responder mejor a sus enemigos, disimuló no tomando parte en este asunto, respondiendo a los que reclamaban justicia que había asuntos más importantes que atender que ese.

Finalmente, la paciencia del Gran Maestre se colmó cuando, queriendo un día pasar por Tortosa (Siria) tuvo que sufrir la afrenta de que le negasen la entrada. Justamente indignado, se dispuso a mostrarles que si antes había ignorado sus insultos no era por temor, y preparó siete galeras para asaltar el fuerte de Nephin por tierra y por mar. Sin embargo, las galeras naufragaron y los Templarios que se habían desplazado por tierra regresaron a Tolemaida.

1279. Algún tiempo antes, a los habitantes del Temple de París (que estaban aún fuera de las murallas de la ciudad) se les declaró sujetos a la tasa y a la honda, y esto ocasionó enfrentamientos entre los Templarios y los oficiales del rey, pero éste acordó con el Temple finalmente la jurisdicción que debían tener, conservando su alta, media y baja justicia sobre todas las tierras y casas más allá de las murallas del nuevo recinto de París, y en cuanto a las tierras de dentro de la muralla les concedió solamente la justicia territorial.

1289. Los enfrentamientos internos y con los musulmanes prosiguen con fiereza. La situación de la Tierra Santa es crítica. En tal conflicto, el rey de Chipre y las órdenes se vieron obligados a pedir la paz, obteniendo una tregua de dos años, dos meses, dos semanas y dos días. Inmediatamente se dirigieron a la Santa Sede para pedir ayuda. Enviaron a Fr. Guido, un Templario, cuya carta dirigida al papa Nicolás IV se conserva:

*“Santisimo Padre, Vos no ignoráis por cierto que después de la pérdida de Antioquia, el furor de los bárbaros ha ido siempre en aumento, y esto no puede ser sino por la falta de la Santa Sede, si la vemos dentro poco llegar a su colmo. El Sultán acaba de arrebatarnos la plaza de Trípoli donde no ha respetado ni sexo ni edad: los que han escapado de la cuchilla, han sido cargados de cadenas, ha destruido sus murallas y durante tres días y tres noches la ha convertido en teatro de horror y carnicería. Los viejos y aquellos que no podían llevarse en esclavitud han sido arrojados unos con otros al fuego con los cadáveres de los moribundos. La apatía y la indiferencia que la Santa Sede ha demostrado desde 24 años a esta parte para recobrar nuestras antiguas pérdidas, nos han acarreado todas estas desgracias en Trípoli y en muchas otras plazas. Si estas nuevas calamidades no os despiertan de vuestro adormecimiento, es de temer que el egipcio, nuestro azote, extermine por último lo que resta de fieles en Oriente.*

*Ya reúne a este objeto todas las fuerzas de sus estados; y si ese torrente viene a inundarnos, en Tolemaida, donde se hallan encerrados tantos bravos adheridos a la fe, nos arrastrará infaliblemente y nada podrá resistirle. En este caso, ¿qué será de nosotros bajo el poder del irritado musulmán? ¿Qué será de la juventud? ¿Qué, de las vírgenes, mujeres, niños y de todos aquellos que aman la religión con todo su espíritu? Yo sé que primero se dejarán degollar, antes que abandonar la fe. Pero ¡qué vergüenza y qué deshonra no veremos resaltar sobre la Santa Sede y príncipes occidentales! Por lo tanto,*

*es de vuestro honor obviar a todos estos males, Vos, que no solamente sois el jefe, sino también el protector de todos los fieles. Con los socorros que habéis recibido de los príncipes y del pueblo, habríais podido impedir que Palestina cayese en el estado de postración en que ahora se halla; lejos de esto, al objeto de recobrar la Sicilia, justamente sublevada, Vos habéis creído poder armar rey contra rey; en lugar de favorecer el pasaje de los Cruzados a Oriente, Vos lo habéis impedido; Vos habéis (con vergüenza del cristianismo) vuelto contra los sicilianos las fuerzas reunidas, con grandes gastos, contra el musulmán: todo el mundo ve cuán contraria es esta conducta al espíritu de la Iglesia. En calidad de Vicario de Jesucristo, tocaba a Vos no abandonar su rebaño sino defenderle.*

*¿Qué placer podéis tener en ver a los cristianos en discordia, Vos, que habéis propuesto predicarles la paz y la unión? Es tiempo, Santísimo Padre, de entrar en Vos mismo, y poner fin a las disensiones que fomentáis entre los sicilianos y vuestros franceses. Dad a cada uno lo que le pertenece, y si os queréis economizar el dolor de ver perecer el resto de los orientales, no perdáis un momento en socorrerles. Apremiad a los Soberanos y a todos aquellos a los que podéis reclamar hagan pasar lo más pronto posible refuerzos a los fieles encerrados en Tolemaida, de lo contrario, y por poco que permanezcáis en inacción, el incendio que podríais haber extinguido hace tiempo, se hará general, lo abrasará y consumirá todo”.*

De esta forma se dirigió al papa el Templario, que accedió a enviar refuerzos a Tierra Santa. 20 galeras con Cruzados. Sin embargo, cuando intentó reclamar a los demás soberanos más tropas, éstos, escarmentados de las anteriores Cruzadas, se negaron a acudir a Tierra Santa, abandonándola a su suerte.

Durante las turbaciones que sacudían entonces a las casas de Francia y Aragón, Felipe el Hermoso empezó por primera vez, a dar a los Templarios muestras de descontento. Su tío, el conde de Rosellon, despojado por el rey de Aragón de la isla de Mallorca, y siguiendo el consejo del rey de Francia, se apoderó de los bienes que los Templarios tenían en todo el Rosellon. Los Templarios acudieron a Roma a rogarle al Pontífice que ordenase la restitución. El papa envió una carta rogando que, en buena voluntad, devolviese lo arrebatado, pudiendo finalmente los Templarios estar en posesión de sus tierras.

1291. El ejército del Sultán de El Cairo avanza contra Tolemaida. En la ciudad reinaba la discordia entre unas casas y otras, todas de diferentes naciones, y ni siquiera las órdenes lograban la paz, ya que éstas se hallaban distanciadas unas de otras. El sitio duró más de seis semanas, en las cuales las batallas eran continuas.

La resistencia en la puerta de San Antonio fue sublime, allí pereció cubierto de gloria el mariscal de los Hospitalarios, Fr. Mateo de Clermont, tras rechazar tres veces al ataque de los musulmanes. Combatía allí también el Gran Maestre del Temple, que viendo que no importaba cuántas pérdidas hubiese, seguían apareciendo enemigos con igual ímpetu, escribió una carta al Gran Maestre del Hospital, Fr. Juan de Villiers. Le dijo: *“Todo está perdido, es imposible sostenernos, a menos que atacando el mismo campo enemigo, halléis vos el medio de hacer alguna diversión que afloje su ardor, y que nos de tiempo de fortificar el puesto que defendemos”*. El Gran Maestre del Hospital partió de inmediato a la cabeza de 500 caballeros. Tras las primeras cargas contra la caballería del Sultán, el Gran Maestre, junto a los supervivientes, tuvo que regresar al interior de la ciudad. Durante esta batalla, luchaban valientemente los Templarios en su puesto, cuando una flecha envenenada hirió mortalmente debajo del sobaco al Gran Maestre Fr. Guillermo de Belljoch, cuya muerte desalentó a sus caballeros.

El desconcierto que originó esta muerte hizo más sencillo al Sultán entrar en la plaza, prendiéndola fuego a su paso. El Gran Maestre del Hospital, al saber de la muerte de Belljoch y comprender que la ciudad estaba perdida, intentó ganar el puerto, seguido por el enemigo, y aun herido, ordenó a los ballesteros que disparasen para dar tiempo a sus caballeros a subir a los barcos, logrando así salvar los restos de su Orden dirigiéndose a Chipre.

Tierra Santa estaba perdida.

## **XIV- LA ÚLTIMA RESISTENCIA DE LOS TEMPLARIOS**

Durante la batalla de Tolemaida, tras la muerte del Gran Maestre Belljoch, y necesitando un líder que los dirigiese, eligieron rápidamente a Fr. Theobaldo Gaudini. Dada la extrema situación en que se hallaban, en compañía de los supervivientes Templarios y Teutónicos, el Gran Maestre Gaudini logró pactar una capitulación honrosa, en la cual se aseguraba de salvar la vida de todos se hallasen donde se hallasen, pudiendo llevarse los objetos que desearan, y sobre todo que no se atentaría contra el honor de las mujeres y doncellas que se hallaban refugiadas en dicho cuartel del Temple. El sultán consintió en estas condiciones, y para seguridad de su palabra, envió uno de sus estandartes que fue izado sobre una torre así como 300 turcos al cuartel de los Templarios, para vigilar que se cumpliesen al pie de la letra todos los conceptos de la capitulación. Sin embargo, la tregua fue rota cuando los caballeros descubrieron cómo los musulmanes abusaban de una doncella. Entonces, el Gran Maestre sacó las armas, derribaron el estandarte de la torre, degollaron a todos los turcos y se atrincheraron de nuevo en la torre, asumiendo que sería a muerte ese combate.

En un instante, los musulmanes atacaron el cuartel y el castillo. Los Teutónicos capitularon, tratando con un Emir por su tropa únicamente; los Templarios continuaron su heroica defensa hasta el 20 de mayo, día en que el Gran Maestre Gaudini, viendo la muerte cernirse sobre todos ellos, intentó hablar con el sultán con el fin de explicarle el motivo de su nuevo enfrentamiento; sin embargo, el sultán no quiso escucharle y mandó cortar la cabeza al jefe de la Diputación que había enviado el Gran Maestre, dando a entender que ésta sería la suerte de Gaudini.

Durante la noche, Gaudini trató de salvar los archivos de la Orden y el tesoro embarcándolos en los buques, burlando la vigilancia musulmana. Finalmente se embarcó junto a otros diez Templarios sin advertirlo nadie. Entretanto, los demás Templarios eran atacados por todas partes hasta que la torre se desplomó finalmente. Las mujeres y doncellas que allí estaban refugiadas quedaron sepultadas junto a los niños, Templarios y musulmanes. Los que defendían el cuartel del Temple fueron pasados a cuchillo, excepto las mujeres y los niños que quedaron en la esclavitud.

A más de 40.000 ascienden los muertos o esclavos de Tolemaida, sin incluir en este número a 500 Templarios que había entonces en dicha ciudad, escapando únicamente aquellos diez que acompañaron al Gran Maestre. Tolemaida fue tomada un viernes a las 3, es decir, en un mismo día y hora que lo había sido por los cristianos en 1191: estos experimentaron la misma suerte que habían hecho experimentar a los musulmanes.

Tras esto, el sultán se dirigió a Tiro, la cual se rindió al cabo de unos días de sitio. Sólo les quedaban a los cristianos dos plazas marítimas: Sidon y el castillo de los peregrinos. La primera se defendió heroicamente aunque finalmente abandonaron la ciudad, así como el castillo de los peregrinos. Desde aquí, los Templarios pasaron a Antarade, donde fueron también sitiados, refugiándose por último en Chipre, en Tortosa o Arade.

Todos los proyectos de cruzadas quedaron suspendidos tras la muerte del Pontífice Nicolás IV, en 1292. En 1294 fue elegido nuevo Pontífice, Celestino V, el cual renunció a la tiara para ejercer las virtudes, y le reemplazó Bonifacio VIII.

En este tiempo continuaba la guerra en todo su furor entre Alemania, Gran Bretaña y Francia. No pudiendo permanecer ajeno a ello, el 13 de agosto de 1296 el papa amenazó con la excomuniación a los tres soberanos si no deponían las armas y si no sometían sus diferencias al arbitraje de la Santa Sede.

Los reyes de Alemania y Gran Bretaña estuvieron de acuerdo, pero el rey de Francia, Felipe el Hermoso protestó diciendo que el gobierno de su reino le concernía sólo a él y que no reconocía ningún otro poder superior sobre la tierra. Esta era la primera vez que se negaba a la Santa Sede el derecho de intervenir en conflictos internacionales. Finalmente, el rey de Francia, agobiado por las dificultades, cedió con hipocresía, no considerando conveniente romper abiertamente con el papa, aunque jamás le perdonó la amenaza que le hiciera éste.

Muchos incidentes tensaron aún más las relaciones entre el rey de Francia y Bonifacio. Un siervo del rey, el conde de Foix, aconsejado por el rey, usurpó los bienes eclesiásticos de la iglesia de Pamiers. El papa escribió al rey para que hiciese recapacitar al conde pero el rey no quiso obedecer. Bonifacio entonces excomulgó a Foix, absteniéndose de hacer lo mismo con el rey por su condición de soberano. Pero aún hizo más, para evitar que Pamiers fuera de nuevo víctima de atentados, erigiera allí un Obispado y una Universidad. El rey consideró que estas medidas eran un agravio contra su autoridad real. Desesperado por reunir dinero suficiente para sus guerras, el rey aumentó los impuestos no solo sobre el pueblo sino también sobre la Iglesia, aun estando ésta exenta de tales pagos. Esto motivó las quejas de la Santa Sede. El 18 de agosto de 1296 Bonifacio publicó la constitución Clericis Laicus, por la cual prohibía con pena de excomunión al Clero pagar al poder laico ninguna contribución extraordinaria sin el consentimiento y autoridad de la Santa Sede. Felipe el Hermoso, furioso, publicó un edicto en el que prohibía a laicos, clérigos y súbditos suyos enviar ni llevar dinero fuera del reino, aunque fuese por motivo de piedad, ni ofrendas a Roma ni a la Santa Sede.

En 1301 las querellas entre Felipe el Hermoso y el papa tomaron un carácter tan agudo y de una tirantez tan intensa, que hicieron presentir un rompimiento definitivo. El rey no cesaba de comportarse como un tirano y usurpador y el papa no cesaba de amenazarlo aunque sin éxito. El rey escribió así al papa:

*“Felipe, por la gracia de Dios rey de los Francos, a Bonifacio pretendido Papa, poco o nada de salud:*

*Que vuestra grande demencia sepa, que Nos no estamos sujetos a nadie en las cosas temporales; la colación de los beneficios y prebendas vacante, así como el derecho a percibir los frutos, nos pertenece en virtud de nuestra prerrogativa real; las provisiones que hemos dado y daremos son válidas en lo pasado y en lo venidero, y sostendremos a los poseedores ante y contra todos los que se opongan a ello. Nos, reputamos insensato a cualquiera que piense lo contrario. (...)El rey.*

Tras recibir esta carta, el papa supo que su Bula había sido quemada en Francia.

Aliados del rey tomaron el palacio de la Santa Sede con el papa dentro, gritando “¡Muera el papa!”, pero éste no huyó, sino que dijo “Vendido como Jesús moriré, pero moriré papa”. Acudieron en auxilio del Pontífice los habitantes de la ciudad, que entraron en el palacio y echaron a los invasores al grito de: “¡Viva el papa y mueran los franceses!”. Una vez liberado y a salvo, a los 33 días del atentado, el papa falleció el 11 de octubre de 1303 por los atropellos de que fue víctima.

El sucesor de Bonifacio fue Benedicto XI, elegido el 22 de octubre de 1303. Felipe el Hermoso, al saber la muerte de Bonifacio y la elección de Benedicto, no cabía de gozo, y felicitó al nuevo papa por medio de una carta. Sin embargo, falleció a los 8 meses y medio, el 7 de julio de 1304 por envenenamiento. El rey de Francia ideó entonces escoger un candidato a papa que fuese igual de inflexible que Bonifacio pero tan manejable como Benedicto, de forma que obedeciese ciegamente a Felipe el Hermoso.

Tras más de 10 meses de discrepancias, se escogió un nuevo papa, Clemente V, el 3 de junio de 1305. Apenas fue elegido papa, Felipe el Hermoso se apresuró a felicitarle y a entablar con él asuntos tan gravísimos que, según documentos oficiales, a excepción de los dos soberanos, nadie más podía saberlo. Este secreto debía ser religiosamente guardado, no obstante, el rey pidió al papa poder revelárselo a cuatro de sus ministros. El papa accedió. Este secreto no era otro que la trama urdida contra los Templarios.

El mismo día de su coronación, Clemente V sufrió un percance que muchos consideraron un mal presagio, y es que en su camino al palacio un muro se cayó aplastando a varios nobles. El mismo papa quedó derribado. Este suceso hizo ver a los italianos que su gobierno no sería pacífico y más aún cuando supieron la resolución del papa de permanecer en Francia. Otra de las acusaciones que se hicieron contra él fueron las relaciones íntimas que mantenía con la hermosa condesa de Perigord, hija del conde de Foix, la cual seguía a Clemente por todas partes.

A instancias del monarca, el papa dictó una Bula en la que absolvía al rey de los actos violentos e injustos de haber expulsado, tras maltratarlos y asesinar a unos y otros, a los judíos residentes en su reino y haberse apoderado de sus bienes.

Clemente V, estando en Lión, habló al rey de Francia de su deseo de hacer una nueva cruzada a Tierra Santa. El rey le prometió su apoyo pero con siniestro plan. El 8 de junio de 1306 el papa escribió a los Grandes Maestres para convocarlos en Francia y discutir los planes para la nueva Cruzada. En esos momentos, el Gran Maestre del Hospital estaba al otro lado del mar. El Gran Maestre del Temple, elegido en 1298 Jacques de Molay, obedeció al momento y esta obediencia fue, tal vez, la desgracia de la Orden.

## **XV- EL ARRESTO DE LOS TEMPLARIOS**

Los bienes de los Templarios eran cuantiosos, por lo que el rey de Francia ya había fijado sus ojos en ellos hacía tiempo. Y si bien, logró expulsar a los judíos de su reino y apoderarse de sus riquezas, pensó en hacer lo mismo con la Orden, pero sabiendo que no podría limitarse a expulsarlos, decidió poner fin a todos los Templarios.

Para ello, comenzó a propagar entre la plebe que los Templarios llevaban una vida relajada, que en sus conventos cometían no solo actos vergonzosos contra la naturaleza, sino también que practicaban la idolatría y todo género de impiedades.

Convencido el pueblo, el rey se reunió con el papa en Poitiers en la primavera de 1307 para ultimar los detalles del plan. Allí, el rey le reiteró la promesa de una nueva Cruzada y le habló de las acusaciones que se hacían contra el Temple. El papa quiso primero hablar con el Gran Maestre y demás jefes de las otras órdenes para cerciorarse de los cargos que se hacían a la Orden. De todos modos, por lo que sucedió después, se ve claramente que la voluntad del papa estaba sometida a la del rey de Francia.

La reunión tuvo lugar y allí el papa habló de las acusaciones que se hacían contra la Orden. El Gran Maestre, sorprendido, se ofreció a buscar la fuente de dichas difamaciones y que se hiciese una investigación, de forma que se rebelase la inocencia de la Orden y se hiciese justicia con los culpables de dicha mentira. El papa ofreció ocuparse del asunto y despidió al Gran Maestre. Sin embargo, nada hizo y dejó que la trama siguiese su curso.

El rey de Francia se reunió con sus ministros a fin de idear la mejor forma de arrestar a todos los Templarios sin resistencia. Rápidamente enviaron la orden junto a una circular a todas las provincias francesas, indicando que no debía abrirse hasta la madrugada del 13 de Octubre.

Mientras tanto, Felipe el Hermoso invitó al Gran Maestre ya otros 140 caballeros al funeral de la princesa Catalina, heredera del imperio de Constantinopla, el 12 de Octubre.

Durante la noche del 12 al 13, las plazas fueron asaltadas por los hombres del rey y los Templarios arrestados y separados entre sí para evitar cualquier enfrentamiento.

Una vez todos presos, los ministros de la Inquisición les acusaron de todas las falsedades inventadas por ellos mismos, provocando la ira e indignación de los Templarios. Tras las acusaciones, vino la tortura, único medio por el que lograron que algunos confesaran.

Desde el 13 al 19, día en que comenzaron los interrogatorios, se sometió a los Templarios a tortura y amenazas. La prueba más evidente de que las confesiones que les arrancaron eran falsas, es que los caballeros se retractaron de cuanto habían dicho bajo tortura, por cuyo motivo muchos Templarios fueron condenados a morir en la hoguera como herejes, siendo así que prefirieron morir en el fuego antes que confesar que habían cometido todos los actos de los que se les acusaba.

Tras estudiar las actas de las 138 declaraciones en las que los Templarios confiesan, de forma casi idéntica, en igual orden, los mismos actos de que se los acusaba (negar a Cristo, escupir sobre la cruz, sodomía, idolatría), uno llega a la conclusión de que los interrogatorios y declaraciones recogidas parecen seguir todos las mismas formas, y que las respuestas de los prisioneros son idénticas, más propias de las confesiones sacadas bajo tortura, siguiendo el orden de preguntas de los inquisidores, que de una confesión real. Además, uno de los principales puntos de las acusaciones, la idolatría, se deja de lado completamente en los interrogatorios, cayendo además en la contradicción de que, si esto fuese cierto, ¿por qué los inquisidores, hallándose en la casa del Temple, no buscaron en todos los armarios y salas cualquier ídolo que condenase a los caballeros? Esto hubiera sido suficiente prueba, pero nadie buscó nada ni nadie les preguntó sobre esto.

Finalmente, el 5 de febrero de 1311, la comisión papal que fue nombrada un año después de las detenciones para proceder contra la Orden, interrogó al testigo 72, Fr. Guillermo Arreblayo, que había sido limosnero del rey, acerca de la cabeza o ídolo, y mandó que buscasen dicha cabeza y la presentasen ante el tribunal. Dicha orden no se cumplió hasta el 11 de mayo del año siguiente. Finalmente lo que presentaron como prueba fue un relicario que contenía la cabeza de una Virgen.

Ni en París ni en Montpellier encontraron rastro alguno de cabezas o ídolos.

Los Templarios que tuvieron la fuerza de resistir a los tormentos fueron encarcelados, amenazados de continuo con nuevas torturas, despojados de sus hábitos, y arrancados con violencia sus capas y cruz templarias, reducidos por todo alimento a pan y agua.

El rey de Francia llamó a los reyes de Inglaterra, Sicilia y Aragón para que se arrestase y condenase de igual forma a los Templarios allí. Estas comunicaciones fueron enviadas tres días después de los arrestos.

Don Jaime II de Aragón respondió al rey de Francia, manifestando la admiración que le había causado la denuncia de los delitos que se les atribuían a los Templarios, y después de elogiar a los de sus tierras, declaró terminantemente que él no capturaría a nadie hasta que le constase con certidumbre la realidad de dichos crímenes.

El rey francés escribió de igual forma a Eduardo rey de Inglaterra, pero éste le respondió igual que el rey de Aragón.

Las noticias sobre las torturas a las que estaban siendo sometidos los caballeros, y la expropiación de todos sus bienes estaba en boca de todo el pueblo. El papa, escribió al rey, haciéndole notar que antes del arresto y los interrogatorios debían de haberle dado aviso a él antes. Sin embargo, si tal era el caso y habían procedido sin su consentimiento ¿porqué razón no se suspendieron los interrogatorios ni las torturas ni se liberó a los prisioneros? Asimismo sus bienes siguieron en manos del rey de Francia. El confesor del rey, Fr. Guillermo de París, en virtud de facultad Pontificia, estaba investido como Inquisidor general en el reino de Francia, y en cada provincia había colocado monjes de su orden, los Dominicos, con la misión de perseguir y castigar la herejía.

Es claro y evidente que, tratándose una Orden religiosa, solamente la Iglesia tenía el derecho de proceder contra ella; pero, para salvar este inconveniente, los Inquisidores que formaron el proceso no acusaron a la Orden sino individualmente a cada caballero, de este modo no se actuaba ilegalmente. No obstante, en muchos puntos de Francia, los Templarios, contra las leyes eclesiásticas de la inmunidad, fueron interrogados por Senescales, oficiales reales y

otros seculares, sometiéndoles antes y después a tortura, sin intervención en el juicio, interrogatorio y proceso de ningún Inquisidor ni autoridad eclesiástica.

Los acontecimientos hicieron que el pueblo comenzase a indignarse. El papa suspendió los poderes a los Inquisidores y preladados para llevar la causa Templaria, reservándolos a la Sede Apostólica. De esta forma, los procedimientos continuaron, al igual que los tormentos.

De todos los reinos a los que el rey de Francia había enviado informes para que capturasen a los Templarios, solo Sicilia y el Duque de Bravante ejecutaron sus órdenes. Los reyes de Inglaterra, Portugal, Castilla y Aragón se negaron a proceder contra ellos hasta recibir letras apostólicas que lo ordenasen.

Desgraciadamente, estas letras apostólicas no tardaron mucho en llegar. El papa, no obstante, antes de enviar la resolución, mandó una carta al rey de Francia, con fecha 17 de noviembre, para que le confirmase que estaba conforme. El rey de Francia le dio su aprobación y las cartas se enviaron a toda Europa indicando que se apresase a todos los Templarios y que sus tierras y bienes fuesen destinados a Tierra Santa.

El rey de Aragón, tras haber escrito al papa explicándole la carta recibida por Felipe el Hermoso y asegurándole que sin una orden expresa de la Santa Sede no actuaría contra los Templarios, sin esperar respuesta, en el mes de Diciembre empezó a expedir órdenes de arresto y confiscación de bienes.

*Real orden a Gombaldo de Enteza, procurador real del Reino de Valencia para proceder a la captura de los Templarios, y ocupar e inventariar sus bienes radicados en dicho Reino. –Fecha 1 Diciembre de 1307.*

*Igual real orden para capturar a los Templarios de Peñíscola y Xisvert, de Cataluña y Aragón.- Fecha 2 Diciembre de 1307.*

D. Jaime escribió al papa dándole aviso de cómo había procedido contra los Templarios y anunciándole que, muchos, avisados de cuanto había sucedido en Francia, se habían refugiado y fortificado en sus castillos, los cuales tenía ánimo de sitiar y combatir. Esta carta la mandó con fecha 4 de Diciembre de 1307.

El rey de Inglaterra finalmente también cedió a la presión de Felipe el Hermoso y el 8 de enero de 1308, gran número de Templarios fueron sorprendidos como lo habían sido en Francia. Sin embargo, muchos otros pudieron huir.

En Dublín, sin creer realmente en las acusaciones del rey de Francia, arrestaron a los Templarios pero se mandó expresamente que éstos fuesen conducidos a celdas especiales, con comodidades, comida y vestimenta.

El papa escribió una carta a Felipe el Hermoso en el que le explicaba que para cerciorarse de la culpabilidad de los caballeros enviaba dos Cardenales para recoger sus confesiones.

Los Cardenales llegaron a París a mediados de Diciembre y fueron bien recibidos por el rey. Sin embargo, el soberano se irritó profundamente cuando los Cardenales le pidieron que les entregase a los presos que se hallaban en las cárceles reales y todos los bienes confiscados. Pese a las reticencias del rey, finalmente consiguieron los Cardenales su propósito.

La entrega se hizo, sin embargo, *pro fórmula*, pues los caballeros continuaron en sus mismas celdas y en las mismas condiciones de maltrato que antes. En cuanto a sus bienes, fueron destinados a recuperar Tierra Santa, y había nombrado ya administradores que cuidasen de aquellos bienes con intervención de oficiales reales, para evitar toda apariencia de confiscación en su provecho.

El rey quiso acompañar a los Cardenales en su visita a las cárceles con el fin de que oyesen de labios de los mismos Templarios sus confesiones, creyendo que en presencia real mantendrían por temor a nuevas torturas sus testimonios. Sin embargo, sus planes se malograron ya que, el Gran Maestre, concedor de la visita de los Cardenales logró enviarles una nota para prevenirles y pedirles que revocasen las confesiones. La nota que mandó es la siguiente:

*“Sciatis quod Rex et Cardinales cras venient ad domun Islam, alii fratres revocabunt confessionem, revocetis et vos, et tabulas reddatis portatori.”*

De esta nota se desprende que el Gran Maestre había ya retractado su propia confesión y había ordenado a sus hombres que hiciesen lo mismo.

Los Templarios que fueron hechos presos en Francia fueron: sin contar los que estuvieron presos en Aix con su preceptor Fr. Alberto de Blanasc, en el Pertuis y en castillo de Meirarques, 48 Templarios fueron capturados; en Nimes, 15; en Aguas-Muertas, 45; en Carcasona, 5; en el castillo real de Alais, 33; en la Senescalía de Bellcaire, 60.

Nada se sabe de la suerte de estos caballeros, aunque los historiadores de la época afirman que murieron a causa de los tormentos que les infligieron para arrancarles las confesiones. Otros, al negarse, fueron directamente quemados en la hoguera.

A mediados de junio de 1308 el rey y el papa se reunieron para decidir el futuro de los Templarios. Allí el rey pidió la abolición de la Orden y que los Templarios fueran ajusticiados como herejes. El papa dijo que haría lo conveniente, pero que antes quería hablar con los dos Cardenales. El rey protestó e insistió y finalmente, el papa cedió y le concedió todas sus demandas. Para que el papa no pudiese negarse, el rey le presentó las actas de confesión de los Templarios y además, trajo consigo a 72 de ellos para que el mismo papa estuviese presente en el interrogatorio, a pesar de que éstos ya habían sido interrogados por oficiales reales. Ninguno de los presos era el Gran Maestre ni ningún otro príncipe de la Orden, ya que aunque hicieron el camino hacia allí, se detuvieron y no asistieron al interrogatorio ante el papa por hallarse “enfermos”. Es de extrañar que el papa no exigiese su presencia, como líderes de la Orden, a los cuales él ya conocía hacía tiempo.

Los presos fueron llevados ante el papa y los Cardenales examinadores: todos estaban pálidos y desfigurados, tanto por el sufrimiento de los tormentos como por la tristeza, tedio e incomodidad de la prisión y del duro viaje hasta allí.

Dicen los historiadores que antes de la sesión con el papa y sus Cardenales, se les sometió nuevamente a un recordatorio de lo que les esperaba si no confirmaban sus declaraciones. Por ello, una buena parte de los 72 presos, confesó, unos más fuertes que otros, que apenas sí se sostenían en pie. Sin embargo, hubo algunos de estos caballeros que se negaron a hablar pese a las amenazas y los tormentos infligidos. Uno de estos caballeros fue Fr. Juan del Valle Gelosa, Pbro. De la diócesis de Perigueux. Asimismo, otros muchos caballeros, al ser conducidos nuevamente a París, revocaron sus confesiones, diciendo después, en 1310 que cuanto habían confesado era falso y por ello, dieron sus vidas.

El 5 de julio de 1308, el papa aprobó que los inquisidores y obispos de cada diócesis examinasen a su gusto a los Templarios con el fin de sacarles con-

fesiones determinantes ya que, muchos de ellos, las revocaban al tiempo de haberlas dicho.

Asimismo, el papa, intentando apoderarse de los bienes de la Orden, redactó varias bulas en las que indicaba al rey de Francia que entregase éstos a cinco arzobispos nombrados por la Santa Sede con el fin de que los administrasen. Además, ordena que el dinero de la Orden sea enviado fuera de Francia. Sin embargo, el rey envió al papa dos cartas, si bien no le negaba ninguna de dichas órdenes, continuó todo el dinero y todos sus bienes en su poder.

## **XVI- EL FIN DE LA ORDEN**

Una carta escrita al papa desde Chinon el 20 de agosto de 1308, explica los interrogatorios a los que fueron sometidos los Preceptores y el mismo Gran Maestre.

Jacques de Molay, tras solicitar un día de reflexión, confesó que las acusaciones eran ciertas y solicitó en su nombre y en el de sus caballeros, que les volvieran a admitir dentro de la Fe. Tras esto, el cardenal Berenguer, escribió al papa informándole de sus confesiones y pidiéndole, en virtud de que se hallaban arrepentidos, la gracia de la indulgencia para con ellos.

Es de extrañar, sin embargo, que el papa hiciese una bula el día 12 de agosto de ese año, sin tener aún noticia alguna del resultado de los interrogatorios, en la que indica la culpabilidad del Gran Maestre y sus caballeros. ¿Cómo pudo el papa, sin haber recibido noticias de esos interrogatorios porque aún no se habían llevado a cabo, crear una bula en la que se les inculpaba sin ningún atisbo de duda?

Además, pese a las cartas del papa y los cardenales, indicando que el Gran Maestre y sus caballeros se habían arrepentido de sus delitos, y por esta razón sido absueltos, reconciliados con la Iglesia y partícipes de sus Sacramentos, ¿cómo es que, tras más de un año desde aquellas declaraciones, el Gran Maestre y los suyos no podían oír misa siquiera, y tuvo que suplicar una capilla y un sacristán en 1309 para poder orar, no siendo siquiera escuchado entonces? Si estaban reconciliados con la Iglesia y habían sido absueltos, como afirmaban las cartas, ¿por qué no podían participar de los sacramentos y seguían presos?

La murmuración era general entre el pueblo al ver que todas las posesiones del Temple eran regaladas a los favoritos del monarca.

Sabiendo el papa que muchos caballeros habían conseguido asilo entre amigos, familiares, nobles y monarcas en Europa, escribió una bula amenazando con la excomunión a todo aquel que cobijase a un Templario, lo ayudase u ocultase.

Los Comisarios que envió el papa para recoger cualquier defensa de la Orden que hubiere de cualquier persona, entrevistaron únicamente a un hombre, que dijo haber sido un caballero Templario durante diez años, llamado Juan de Melot. Este hombre dijo que él jamás vio nada impropio en los actos de la Orden y que repetiría lo mismo ante el mismo papa si fuese preciso. Sin embargo, los Comisarios consideraron a este hombre falto de entendederas y no volvieron a llamarle para declarar.

Por petición de Hugo de Paraudo, visitador de la Orden del Temple, éste fue entrevistado por los Comisarios, ya que deseaba defenderse. Dijo también que había hablado de muchas cosas de la Orden con los cardenales y el papa, y que únicamente hablaría con éste último. En ningún momento dijo haberse declarado culpable de dichos crímenes. ¿Por qué su testimonio no tomado en cuenta como todos los demás?

Finalmente acudió el Gran Maestre a dar testimonio y defensa de los suyos el 26 e noviembre de 1309.

Jacques de Molay dijo que deseaba esclarecer la verdad sobre dichas acusaciones, pero que viéndose preso del rey y del papa le sería difícil hacerlo por sí mismo. Su intención, asimismo, era que su declaración fuese transmitida a todos los reyes, príncipes y nobles de la cristiandad. Los Comisarios le contestaron que pensase bien lo que había de decir, ya que había confesado en Chinon contra sí mismo y contra la Orden y contra la herejía se actuaba directamente, sin dar al acusado abogado ni consejos.

Los Comisarios procedieron leyéndole sus propias confesiones en Chinon, pero cuando el Gran Maestre escuchó lo que decían las actas, hizo dos veces el signo de la cruz y les dijo que si no esos hombres no fuesen lo que eran expresaría su indignación de otra manera. Y como los Comisarios le respondieron que no admitirían desafío alguno, el Gran Maestre añadió que si pudiera Dios castigar a los falsarios con el mismo suplicio con el cual los sarracenos y los tártaros castigan a los calumniadores, les cortarían la cabeza y les abrirían el vientre.

Al oír esto los Comisarios insistieron en que la Iglesia castigaba a los herejes con severidad.

El varón Guillermo de Plazian, caballero del rey, que se hallaba presente pero no obedecía a nadie, pidió hablar en privado con el Gran Maestre, tras esta charla, Jacques de Molay solicitó que le diesen de plazo hasta el viernes para elaborar su defensa.

Tres días después fue de nuevo conducido ante los Comisarios. Esta vez se hallaba presente el canciller Guillermo de Nogaret, que interrumpió la sesión formulando cargos al Gran Maestre y a la Orden. Como respuesta, Molay contestó a todas estas acusaciones y solicitó finalmente tener en la cárcel una capilla y un capellán para oír misa y rezar. Los Comisarios le prometieron que así lo harían. Baste decir, que hasta la muerte del Gran Maestre en 1314 no consta en ningún sitio que esto fuese cumplido.

El papa creó un edicto en el que autorizaba a todos aquellos que desearan defender a la Orden a hablar ante la Comisión sin miedo a represalias. El 3 de febrero de 1310 tuvo lugar dicha Comisión y a ella fueron conducidos muchos Templarios, que, cargados de cadenas, deseaban defender la Orden.

Todos los caballeros negaron las acusaciones y pidieron que se les devolvieran sus hábitos, arrancados por los hombres del rey, y que les dejaran participar de los sacramentos. Sus peticiones fueron apuntadas por el Tribunal pero no accedieron a ninguna. A continuación se leen algunas de las declaraciones de los Templarios ese día. Unos dijeron que querían *defender la Orden hasta la muerte*; otros, *hasta el fin*; uno dice “*Yo jamás he confesado los crímenes imputados a la Orden y nunca los confesaré, por que son calumnias, y me atrevo a decir y creer que Dios obraría un milagro si se daba al mismo tiempo la comunión a los que afirman y a los que niegan*”. Otros dijeron que en presencia del papa habían mentido y deseaban retractarse.

Muchos mostraron pruebas de los tormentos que habían padecido para que confesasen esos crímenes, mostrando huesos desprendidos, bocas desencajadas, dientes arrancados.... La Comisión hizo caso omiso de estas pruebas.

El lunes 2 de marzo de 1310 el Gran Maestre fue conducido otra vez frente a la Comisión.

Los Comisarios “*Nosotros os preguntamos si queréis defender a la Orden del Temple*”.

El Gran Maestre *“El papa se ha reservado mi juicio, mandadme conducir a su presencia y yo diré lo que convendrá”*.

Los Comisarios *“Nosotros no procedemos contra vos como a persona particular, no tenemos ni el derecho ni la voluntad para ello, estamos solamente encargados de proceder contra la Orden”*.

El Gran Maestre *“Escribid al papa, que éste nos llame a mí y a los otros jefes, a fin de que nos oiga y nos juzgue”*.

Los Comisarios *“Nosotros os prometemos escribir al papa lo que deseáis y lo haremos lo más pronto posible”*.

Nada consta, sin embargo, en el proceso, de que los Comisarios cumpliesen su palabra. El Gran Maestre no fue nunca presentado ante el papa. El sistema de defensa de Jacques de Molay decía *“Yo estoy entre hierros y cadenas, yo estoy acusado, el Romano Pontífice se ha reservado mi causa y mi juicio, que se me presente ante él y después de haber oído mi defensa que sentencie y falle, y entonces libre de las acusaciones que me infamen yo emprenderé la justificación de la Orden, con la autoridad de mi rango restablecido y de mi conciencia reconocida, pero mientras tanto se abstendrá de pronunciar su fallo sobre mi suerte, de decidir delante de los reyes, de los grandes, del clero y del pueblo y de mis caballeros si yo soy personalmente culpable o no lo soy, es decir digno o indigno de representar a la Orden del Temple y defenderla, yo declaro que me limitaré por toda respuesta a pedir mi propio juicio”*.

El 14 de Marzo los Templarios que habían hablado intentando defender la Orden, fueron conducidos al salón del palacio del obispo de París. Eran 90 caballeros, y una vez allí, rodeados por fuerzas armadas, los Comisarios mandaron leer a los notarios los poderes que el papa les había conferido para proceder contra la Orden, así como los artículos bajo los cuales debían ser interrogados los testigos. En dichos artículos, además de idolatría, apostasía y abominables excesos contenidos en las actas de 1307 se habían añadido otros muchos.

El sábado 28 de Marzo, los Comisarios mandaron conducir a 546 Templarios al jardín del palacio episcopal de París, en ellos no se encontraba el Gran Maestre ni los preceptores de la Orden. Les leyeron nuevamente las acusaciones a lo que los acusados respondieron que todo eran embustes y calumnias y defendieron su inocencia.

Del 30 de Marzo al 11 de Abril la Comisión envió mensaje a todas las prisiones francesas para preguntarles si alguno de los Templarios encerrados quería defender la Orden. Desde prisión contestaron que deseaban defender a la Orden pero antes deseaban hablar con el Gran Maestre o alguno de sus superiores. Los Pbro. Templarios Fr. Reginaldo de Pruino y Fr. Pedro de Bononia presentaron a la Comisión una enérgica protesta sobre la prisión de sus hermanos, el secuestro de sus bienes, y el procedimiento que se hacía contra la Orden. Valientes fueron también las defensas presentadas por Fr. Juan de Monte Real, catalán, y excelentes los medios de justificación ofrecidos por 75 comisionados de los Templarios presos en París.

La noble firmeza de más de 900 Templarios que se ofrecieron entonces para defender su Orden, de los cuales la mayor parte se había retractado de sus declaraciones afirmando que habían sido arrancadas bajo torturas, causó una inmensa sensación en París.

La Comisión Papal no admitió sino a cuatro procuradores que intentaban defender al Temple. El sábado 11 de abril de 1310 la Comisión ordenó a los carceleros del palacio episcopal de París que presentasen a los cuatro procuradores y a otros Templarios escogidos por los verdugos, así como a otras personas que habían de servir de testigos para dar principio a la información, la cual continuó con alguna interrupción hasta el 22 de Mayo de 1311.

El 30 de Abril fue presentado Fr. Juan de Juvigniac, preceptor de la casa de Vauben, el cual dijo: *“Yo he declarado delante del papa, no me preguntéis más sobre los mismos artículos”*. Tras estas palabras, la Comisión interrumpió la sesión.

El 2 de mayo la Comisión presentó a 28 Templarios para tomarles declaración de nuevo. Fr. Consolino de San Jorio, Caballero, dijo: *“que quería defender a la Orden como buena y legal”* y al preguntarle si había confesado antes sus crímenes dijo *“Sí, en presencia del obispo de Perigueux, pero a la violencia de los tormentos, continuados por espacio de más de un año, y después desde la Natividad del Señor hasta la fiesta de San Juan Bautista de Junio; además de reducido a pan y agua y frío, se me quitaron todos los vestidos excepto la túnica, camisa, calzoncillos y medias”*.

El 5 de Mayo presentó la Comisión a 8 testigos, y los 4 defensores del Temple protestaron, pidiendo que se les diese los nombres de estos testigos a los que no conocían y no creían que fuesen Templarios. Los Comisarios levantaron la sesión.

Por la mañana del 10 de Mayo los 4 defensores pusieron de manifiesto a la Comisión los temores de lo que iba a suceder, presentando su protesta y apelación, y los Comisarios se desentendieron de sus palabras. El 12 de Mayo el Concilio de Sens había condenado a las llamas a 54 Templarios. Todos ellos habían intentado defender a la Orden y se habían retractado de sus declaraciones. Aquellos a los que no consiguieron hacer hablar fueron condenados a cadena perpetua en prisión. Ante la encarnizada defensa de esos 54 Templarios, el Concilio pidió consejo a la Santa Sede. El Concilio duró hasta el día 26 del mismo mes. Las actas de dicho Concilio se perdieron.

Cuando fueron conducidos a la hoguera, una muchedumbre, entre ellos amigos y familiares de las víctimas, suplicaban que confesasen, aunque fuese mentira, para librarse de ese tormento. Pero ninguno lo hizo.

En el Concilio de Senlis murieron en la hoguera otros 9 caballeros, de los cuales solo se conservan 2 nombres: Clemente de Gran Villars y Lucas de Sornay. En la declaración de Fr. Roger de Gran Villars, pariente de Clemente, confiesa haberse recibido en la Orden de forma ilícita, sin embargo, cuando declaró dijo que sus hermanos se habían investido correctamente y no había visto ni oído nada que les condenase. Este hombre, mediante su confesión, salvó la vida.

En Alemania, el Concilio de Maguncia reunido por las órdenes apremiantes del papa, estaba deliberando sobre el modo de proceder contra los Templarios, cuando de improviso se presentó ante la Asamblea el Comendador Fr. Hugo de Silvestris acompañado de 20 Templarios armados de punta en blanco y con el hábito de la Orden. A dicho Concilio se presentaron 49 testigos, de los cuales 38 eran Templarios y el resto extraños a la Orden. Todos declararon su inocencia y en su vista, el Concilio se declaró a favor de los acusados.

En España, los Templarios de Castilla y León fueron citados en número de 30 y todos afirmaron la inocencia de la Orden. Tres sacerdotes extraños al Temple, declararon que habían confesado y asistido a la hora de la muerte de muchos Templarios y estaban convencidos de su inocencia. Tras esto, fueron unánimes los votos del Concilio y se les declaró inocentes.

Los Templarios de Aragón y Cataluña, vistas las crueldades que cometían en Francia contra sus hermanos, se hicieron fuertes en sus castillos desafiando al poder de Jaime II que mandó sitiarnos; no obstante, el Concilio de Tarragona los declaró inocentes.

En el Concilio de Londres, después de largas discusiones, se deliberó que los Templarios fuesen separados unos de otros e interrogados de nuevo y los que se negasen a hablar se les sujetase al tormento, pero de manera que no fuesen mutilados, ni tuvieran heridas incurables ni violenta efusión de sangre. Cuando el papa supo de esta decisión, escribió al rey de Inglaterra así: *“Vos habéis prohibido emplear las torturas en el proceso de la Orden y sus caballeros, y así estos rehúsan confesar la verdad, ¡oh caro hijo mío! Considerad atentamente si esto conviene a vuestro honra, a vuestra salvación y al estado de vuestro Reino”*. Aún así, no lograron que confesasen.

El 17 de Octubre, reunidos los Comisarios queriendo proceder a la recepción de testigos, mandaron comparecer a Fr. Guillermo Chambonet y a Fr. Bertrán de Sartiges, para que, como defensores de la Orden, vieran jurar los testigos y oyeran las disposiciones. Dichos hermanos protestaron que persistían las apelaciones presentadas y reclamaban la presencia de Fr. Reginaldo de Pruino y Fr. Pedro de Bononia ya que ellos habían sido elegidos para la defensa del Temple. Los Comisarios, por toda respuesta, contestaron que Fr. Reginaldo y Fr. Pedro habían, voluntariamente, renunciado a la defensa de la Orden y revocado su retractación. Fr. Pedro, tras su renuncia se había escapado de la cárcel, por consiguiente estaba desaparecido, y Fr. Reginaldo se hallaba en tal estado que no podía ser admitido para defender la Orden y había sido degradado por el Concilio de Sens. Así las cosas, los Comisarios les preguntaron si deseaban defender ellos dos solos a la Orden, a lo que contestaron que sin sus hermanos presentes no querían hablar ya que podría resultar contraproducente para la primera defensa hecha por éstos, así pues, renunciaron y jamás volvieron a ser reclamados.

Sin defensores, la Orden quedó a merced de sus enemigos, continuando los Comisarios el procedimiento recibiendo testigos y tomando declaraciones desde el 18 de diciembre de 1310 hasta el 26 de mayo de 1311.

En el proceso original consta que la Comisión papal tomó el juramento a gran número de testigos que debían declarar, y sin embargo, ni fueron presentados después ni interrogados, ni oídos. El número de estos testigos fue 26.

En la época en la que los Comisarios reanudaron el procedimiento, todo se había cambiado, las hogueras encendidas en París, Senlis, Reims, y en muchas otras ciudades de Francia habían consumido a los más intrépidos Templarios que se habían ofrecido defender la Orden hasta la muerte; un gran número de caballeros valerosos espiraban en las cárceles.

Para defender a la Orden se habían presentado voluntarios 90 templarios, según las actas del proceso, pero a ninguno se le tomó declaración.

El 10 de Agosto de 1312, Guillermo, Arzobispo de Tarragona, que aún no había concluido el proceso contra los Templarios de Aragón, Valencia y Cataluña convocó un nuevo Concilio para finalizar el procedimiento. Si bien es cierto que los Templarios de los tres Reinos se habían hecho fuertes en sus castillos, finalmente fueron capitulando ante Jaime II que los encarceló sin consideraciones hasta esa fecha. El 26 de octubre el Arzobispo expidió un edicto de citación y el 4 de noviembre el Concilio, unánimemente falló a favor de los Templarios. Este proceder condenaba indirectamente la conducta del papa que había abolido en el Concilio de Viena a la Orden del Temple.

Aquellos Templarios que fueron quedando libres de las cárceles huían al extranjero, volvían al seno de sus familias e intentaban rehacer sus vidas –algunos se casaron- y otros, incapaces de olvidar tantos tormentos sufridos, se desahogaban continuamente en secreto o en público acusando a sus jueces de barbarie e inhumanidad. Uno de estos desafortunados Templarios, que se distinguía por sus ataques contra el papa, fue conducido de Nápoles a Avignon y presentado ante el mismo Clemente V que le amenazó con nuevos suplicios si continuaba con sus declaraciones, a lo que contestó el Templario: *“¿Qué cosa he de*

*temer de Vos, Pontífice inhumano? ¿Una muerte injusta puede hacerme culpable a los ojos de Dios? Los que han sido sacrificados a vuestra venganza tienen que temer menos vuestras amenazas, que Vos las tuyas. A los pies del Soberano juez es donde veremos cual de los dos ha sido más a propósito, o de temer con cobardía las amenazas de un juez corrompido, o de resistirle en su presencia por confesar la verdad".* Clemente V le condenó a la cárcel para que sufriese nuevos tormentos y finalmente le condujo a la hoguera. Mientras preparaban la pira, el Templario se dirigió nuevamente al papa así: *"Escucha, indigno ministro del Todopoderoso y respeta las últimas palabras de un moribundo, yo me apelo al verdadero Dios de esa inicua sentencia que acabas de pronunciar contra mí; yo te emplazo a su tribunal así como al Rey Felipe, tu cómplice, para responder a mis cargos".*

El Templario murió en las llamas. Pero lo más extraño fue que sus palabras se cumplieron y los dos artífices del complot se reunirían pronto con él.

El rey de Francia, impaciente por deshacerse del Gran Maestre y de los altos cargos de la Orden, aún vivos, urgió al papa para que los juzgase. Éste, sin embargo, no queriendo verlos en persona, escribió a sus cardenales para darles la autoridad necesaria para juzgarles y condenarles si fuera preciso.

El 18 de Marzo de 1314 se mandó levantar un tablado frente al atrio de la catedral de París, donde la Comisión pronunciaría su sentencia y frente a dicho tablado se levantó otro en frente donde estarían los acusados.

A la hora señalada acudieron los cardenales de la Comisión, así como los presos, cargados de cadenas, éstos últimos eran: Fr. Jacques de Molay, Gran Maestre; Fr. Hugo de Peraudo, visitador de Francia; Fr. Geofredo de Gonavilla Gran Preceptor de Aubernia y Poitu; y Fr. Guido Delfín de Aubernia, Comendador de Normandía.

Se procedió a leer las acusaciones y finalmente la Comisión les condenó como herejes a un castigo ejemplar. Mientras hablaban, estaban construyendo las piras a sus espaldas, para infundirles temor y que confesasen sus crímenes. Concluido el discurso, leyó la sentencia en la que se les condenaba a prisión perpetua con la advertencia de que, si querían salvar la vida, debían declarar su culpabilidad.

Según algunos historiadores, cansados de los tormentos infligidos, Fr. Hugo y Fr. Geofredo confesaron los crímenes por los que se les acusaba. Otros dicen que en el último momento uno de ellos se retractó y fue condenado a la hoguera junto al Gran Maestre y al Delfín.

Con respecto al Gran Maestre, cuando le preguntaron si deseaba confesar sus crímenes, sacudió sus cadenas y avanzó hasta el borde del tablado; allí proclamó una vez más su inocencia, la de la Orden, la iniquidad de sus enemigos, las atrocidades a los que les habían sometido y finalmente profirió todo tipo de improperios contra los cardenales y prelados que componían el Tribunal.

No pudiendo uno de los Cardenales soportar las palabras del Gran Maestre, trató de hacerle callar dirigiéndose al pueblo pero Molay exclamó:

*"Oíd, jueces inicuos, lo que voy a decir por última vez. Como quiera que al fin de la vida no sea tiempo de mentir sin provecho, yo niego y juro por todo lo que puedo jurar, que es falso todo lo que antes de ahora se ha acriminado contra los Templarios, y lo que de presente se ha referido en la sentencia dada contra mí, por que aquella Orden es santa, justa y católica. Yo soy el que merezco la muerte por haber levantado falso testimonio de mi Orden, la cual antes ha servido mucho y sido muy provechosa a la religión cristiana, e imputándoles delitos y maldades contra toda verdad a persuasión del papa*

*y del rey de Francia; lo que ojala yo no hubiera hecho. Sólo me resta rogar, como ruego a Dios, si mis maldades dan lugar, me perdone; y juntamente suplico que el castigo y el tormento sean más graves, si por ventura por este medio se aplacase la ira divina contra mí, y pudiese mover con mi paciencia a los hombres a misericordia. La vida ni la quiero ni la he menester, principalmente con tan grande maldad como me convidan a que cometa de nuevo. ¡Ay! ¿De qué me servirá prolongar días tan tristes que no serían debidos sino a la calumnia? Yo sé los suplicios que han afligido a todos los caballeros que han tenido valor para revocar las falsas confesiones, no obstante el espectáculo terrible que se me presenta no es capaz de hacerme confirmar la primera mentira por una segunda. A una condición tan infame, yo renuncio de buen corazón a la vida”.*

Ante estas palabras también el Delfín se une a él y clama por su inocencia, lanzando acusaciones contra el Tribunal. Esto causó una gran impresión a la muchedumbre que estaba presente en la sentencia. La Comisión decidió dejar la sentencia del Gran Maestre y del Delfín para el día siguiente, y así se hizo. Mientras, comunicaron al rey lo acontecido quien votó junto a su Consejo por la pena capital.

Se mandó encender la hoguera. Mientras, más de seis años habían transcurrido desde que el Gran Maestre y sus caballeros fueron hechos presos. La hoguera que acabaría con Molay y el Delfín se encontraba en la punta de la pequeña isla que formaba el Sena en aquella época, en el mismo lugar en que después se colocó la estatua ecuestre de Enrique IV. A la derecha se encontraba el viejo palacio del Louvre y no muy lejos de allí la célebre Torre de Nesle. El pueblo de París fue convocado por pregoneros para que asistiese por la tarde del mismo día 18 a la ejecución.

Cuando llevaron a los presos, la multitud observó los hábitos con la cruz roja de ambos y guardaron silencio. Mientras les conducían hasta las piras, amigos y familiares les suplicaron que confesasen cualquier cosa antes que morir así. Pero no consiguieron nada salvo que los dos condenados, a voz en grito, reafirmasen su inocencia y condenasen al rey y a papa por los crímenes que estaban llevando a cabo.

Ataron a los condenados a poca distancia el uno del otro y encendieron las piras. Quedó en la memoria popular las últimas palabras del Gran Maestre mientras veía acercarse a la muerte, apeló al Juicio de Dios, citando ante su Tribunal no solamente a Clemente V, en cuarenta días, sino también a Felipe el Hermoso para responder dentro del año a sus acciones. Un testigo ocular, Godofredo de París, cita textualmente las palabras pronunciadas por Molay: *“Et je vous prie...que devers la Vierge Marie...Dont Nostre Seigneur Christ fust nez: Mon visage vous me tornez...”*. Asimismo, el continuador de la historia de Guillermo de Nangis dice que la formidable apelación que hizo el Gran Maestre, citando al Tribunal de Dios, tanto al papa como al rey de Francia, causó cierto terror y espanto en el ánimo de los espectadores, quienes desde ese momento consideraron al Gran Maestre como un mártir víctima de la venganza de los poderosos de la tierra.

En vano las actas del Concilio de Viena fueron ocultadas o suprimidas, los padres del Concilio que habían acudido a él, publicaron los detalles del escándalo y violencia de que habían sido testigos y casi víctimas.

Cuando Clemente V recibió la noticia de la muerte del Gran Maestre y del Delfín se sintió inmediatamente atacado por vómitos y disentería, siendo inefi-

caces los remedios que le prepararon. Atrapado por su repentina enfermedad quiso emprender viaje a Burdeos pero falleció repentinamente en el camino, en Roquemaure en la noche del 19 al 20 de abril de 1314.

En cuanto al rey de Francia Felipe el Hermoso, la efímera existencia que arrastró tras la muerte del Gran Maestre no pudo ser más cruel y aterradora. Por una parte la nobleza y el clero coaligados contra el monarca con motivo de nuevos impuestos que le obligaban a sujetar con mayor tiranía al pueblo o revocar cuanto había hecho para extender su despotismo; por otra parte, las princesas esposas de sus tres hijos eran acusadas de adulterio. Todo ello provocaron que el rey cayese en una grave enfermedad de la que no se encontró cura posible. Finalmente murió el 29 de septiembre de 1314, sin recibir los sacramentos de la Iglesia y dentro del año emplazado por el Gran Maestre.

Estas páginas han sido un breve resumen de la formidable historia de la Orden del Temple. Los datos que aquí se han citado han sido sacados de La Historia General de la Religiosa y Militar Orden de los Caballeros del Temple, desde su origen hasta su extinción, obra escrita según documentos originales por D. Mateo Bruguera y refundida por D. Francisco de A. Rierola y Masferrer en 1889. La documentación es muy extensa y aquí he resumido los momentos más significativos de la Orden.

A continuación, expondré unas preguntas acerca del temario y un ejercicio, ambos indispensables para su formación y la exitosa conclusión de su Curso.

## CUESTIONARIO

¿En qué año se formó la Orden del Temple y quiénes fueron sus fundadores?

¿Quién fue Godofredo de Bullon?

¿En qué año se tomó Jerusalén por vez primera por parte de los cristianos?

¿Cuáles eran las condiciones necesarias para formar parte de la Orden del Temple?

¿Cuáles eran los votos que debían jurar los templarios?

Haz un breve resumen de las dignidades del Temple

¿Durante qué Maestrazgo la Orden se extendió por Europa?

¿Quién ganó la batalla de Ascalón?

En 1177 ¿quién rompió la tregua entre cristianos y sarracenos?

¿Qué tuvo lugar el 1º de mayo de 1187?

¿Quién ordenó la 3ª Cruzada?

El papa Inocencio IV creó una bula que presentó a todos los príncipes y nobles de Europa ¿con qué fin?

¿Qué dificultades tuvo el papa Urbano IV con la Orden?

¿Cómo murió el Gran Maestre Belljoch?

Circunstancias en las que Clemente V fue nombrado papa

¿En qué año se comenzó el proceso contra los templarios en Francia?

¿Los templarios fueron quemados vivos en toda Europa?

¿Quiénes eran los dos últimos templarios que murieron en la hoguera?

¿Cuándo el papa interrogó en persona al Gran Maestro?

¿Qué sucedió con los supervivientes de la Orden?

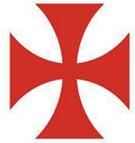
**ESTAS PREGUNTAS SERÁN CONTESTADAS, AL IGUAL QUE EL EJERCICIO SIGUIENTE EN HOJA A PARTE SE SOLICITA QUE ÉSTAS SEAN CONTESTADAS MEDIANTE MÁQUINA DE ESCRIBIR U ORDENADOR, YA QUE A MANO LA LETRA MUCHAS VECES ES POCO LEGIBLE.**

-En relación a cuanto has leído, haz un breve trabajo de no más de dos folios, desarrollándolo según tus propias ideas e investigaciones, del tema o acontecimiento que más te haya interesado.

→

HA CONCLUIDO EL PRIMER VOLUMEN DE CONOCIMIENTOS BÁSICOS DE LA SOMECT. EN ESTAS PAGINAS SE HA RESUMIDO LA HISTORIA DE LA ORDEN DEL TEMPLE DESDE SU INICIO HASTA SU SUSPENSIÓN.

EN EL SIGUIENTE VOLUMEN DEL CURSO, EL VOLUMEN II LOS CONOCIMIENTOS QUE ADQUIRIRÁ SON ACERCA DEL LADO OCULTO DE LA ORDEN, PROPORCIONÁNDOLE DATOS POCO CONOCIDOS SOBRE LA MISMA.



**SOBERANA ORDEN MILITAR ESPAÑOLA DE LOS CABALLEROS TEMPLARIOS  
(SOMECT)  
VOLUMEN I CURSO PRECEPTORIA**